EL TEATRO MODERNO

MANUEL LINARES RIVAS

FANTASMAS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/fantasmascomedia2125lina

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 20 MARZO 1926 NÚM. 25

Manuel Linares Rivas.

FANTASMAS

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO LARA,
DE MADRID,
EL 25 DE NOVIEMBRE DE 1915.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Para hacerse amar locamente

POR

Gregorio Martínez Sierra.

PORTADA DE

MEL

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

LEOCADIA ALBA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Angélica	*Srta. Abadía.*
Rosario	*" Moneró.*
Romualda	*" Leocadia Alba.*
La viuda de Cifuentes	*" Sánchez Artño.*
La hermana de la viuda de Cifuentes	*" Alverá.*
Juana	*" Herrero.*
Raimundo	*Sr. Thulliier.*
El Doctor Urgente	*" Ramírez.*
Cañaveral	*" Isbert.*
Enrique	*" Valenti.*
Gutiérrez	*" Mora.*

ACTO PRIMERO

Un pabellón en un jardín. Una sola puerta al foro, con hojas que abren hacia el escenario. A la derecha, una rotonda de cristales. A la izquierda, un ventanal. Forillos, árboles. Todo limpio, nuevo, alegre y claro. Es de día.

ESCENA I

Rosario y *Raimundo*. Rosario lee una novela. Raimundo, sentado a una mesita, concluye de escribir unas notas con lápiz en su cuaderno de bolsillo.

RAIMU. Todo marcha bien. Y en cinco minutos despachados los negocios. ¡Es un encanto el vivir! ¿No opinas tú así, Rosario?

ROSA. *(Distraída.)* Así...

RAIMU. Fué magna idea la tuya de construir este pabelloncito. Desde que Dios amanece—y amanecemos nosotros—hasta la hora de dormir, aquí pasamos el día. ¡El sitio es maravilloso realmente! Del ventanal vemos este mar bravío de San Sebastián, con sus quietudes de mansísimo cordero y sus cóleras súbitas de león, las temidas galernas. Desde ahí, las montañas y los valles... y en torno del pabellón, los árboles, las flores, los pájaros... ¡Es maravilloso! ¿Verdad, Rosario?

ROSA. Sí.

RAIMU. ¿Qué te he dicho? ¡Siempre ausente de mi conversación!

ROSA. Ahora leía.

RAIMU. Es lo mismo cuando no lees. ¿Dónde van ya los tiempos en que eran interesantísimas las nimiedades que nos decíamos?

ROSA. No pretenderás que nos digamos las bobadas de hace doce años.

RAIMU. No. Y muchas veces me lo digo a mí mismo: "Qué error tan grande, Raimundo, al pretender conservar doce años la ilusión y el amor que te dieron para toda la vida". Pero de errores viven los amores, Rosarito.

ROSA. ¿Tienes queja de mí?

RAIMU. Ninguna.

ROSA. ¿Y no sabes que estoy malucha?

RAIMU. De nervios.

ROSA. A los hombres os parece que no es enfermedad.

RAIMU. Tú lo dices, yo lo creo.

ROSA. Y el doctor.

RAIMU. También lo dice el doctor Urgente; pero ni él ni tú contestáis a mi pregunta: ¿Por qué son esos nervios? Tú y yo, y tu sobrina Angélica, es decir, toda la familia, estamos bien de salud; aquí no hay preocupación de dinero ni mortificaciones de amor propio por ser o dejar de ser, que nada soy, nada busco, y vivo de mis rentas. Entonces, ¿por qué esas nerviosidades?

ROSA. ¿Y yo qué sé?

RAIMU. Si tuvieras la voluntad firme de curarte, me parece a mí que te curaba yo.

ROSA. ¿Cómo?

RAIMU. Volviendo un poco a ser lo que fuimos. Verás el plan. Empieza por darme un beso. *(Ella le coge y le besa la mano.)* No, mujer, eso no es un beso. Lo que te pido es algo que revele tu ilusión conmigo. *(Ella le besa en la frente.)* ¡No! Acercar los labios y huír como si te quemara mi piel... ¡tampoco es así! Lo que deseo es un beso largo, sostenido, amoroso... ¡a ver si comprendes! ¡Un beso de "cine"!

ROSA. No digas bobadas.

RAIMU. ¿Bobadas? *(Se levanta.)* ¿Bobadas? No te curarás. Mejor dicho, no te curaré. Paciencia, Raimundo, paciencia. ¡Es una gran desdicha que el amor de uno solo no sirva para amarse dos.

ROSA. Si yo te quiero.
RAIMU. Dejémoslo en que sí... pero dejémoslo.

ESCENA II

Dichos: Cañaveral.

CAÑA. *(Con una carta.)* ¿Dan licencia?
ROSA. Estando abierto no es menester el permiso, Cañaveral.
CAÑA. Siempre.
RAIMU. Una manía.
CAÑA. No, señor; un criterio fundamental. La vida señala puestos a los hombres, y los hombres tenemos el deber de acomodar nuestra conducta al puesto que ocupamos.
ROSA. Pero cuántas veces le repetiremos que es usted un amigo, más que un secretario y un administrador.
CAÑA. Ustedes son muy dueños de añadir la obra de piedad, que es el afecto, a la obra de misericordia que realizan al sostenerme en esta plaza, honoraria por el trabajo y magnífica por la retribución; pero líbreme Dios de traspasar los límites del más profundo respeto.
ROSA. Como usted guste.
CAÑA. Hay que mantener el principio de las jerarquías, doña Rosario, y no meterse en el terreno de los superiores.
RAIMU. Pues yo me luzco de veras si llego a pensar lo mismo. A estas horas aún me vería tirando de las vagonetas, como una bestia más, para sacar el carbón de las galerías en la mina. E hice todo lo contrario: desde el primer día a formar tertulia con los capataces, que sabían un poco más que los obreros, y cuando bajaba un ingeniero, con el ingeniero iba yo, y siempre que pude he puesto el pie un escalón más alto.
CAÑA. Eso le honra a usted mucho.

RAIMU. Ni mucho, ni poco; que no lo hice por honrarme, sino por enriquecerme.

CAÑA. También es muy legítimo.

RAIMU. ¡Ya lo creo! Y si honrado me veo, no es por trabajador, sino por afortunado.

CAÑA. Por las dos cosas.

RAIMU. Por las dos cosas, no; que igual andaba de honra cuando era minero nada más, y nadie vino nunca a enorgullecerse con mi amistad y en mi compañía.

CAÑA. No se lo discuto. Encuentro muy noble, nobilísimo, el encumbrarse por vías honestas. ¡De otro modo, no! Y en ningún orden se debe transigir con las incorrecciones.

RAIMU. Según a lo que usted llame incorrecciones...

CAÑA. A todo lo que no merece la aprobación pública de las gentes.

RAIMU. Esa es otra fantasía de usted...

CAÑA. No, no. Otra idea fundamental. A ciertas personas de sentidos muy delicados, les causa un mal físico la grosería o la falta de higiene de sus contertulios, y a mí también me causa un tremendo malestar la indelicadeza y la burla rufianesca y las palabras irreverentes... que siempre acusan falta de higiene en los sentimientos...; y tan indispensable considero el baño de agua para los cuerpos, como el baño de corrección para las almas.

ROSA. *(Levantándose.)* Conformes, sí; pero usted exagera un poquito...

CAÑA. Es posible, cuando usted lo dice; pero yo jamás transigiré con felonías ni con ruindades, y si ustedes no fueran dos señores correctísimos, yo no estaría un momento más a su lado, aun sabiendo que renunciaba al pan para mi boca.

ROSA. ¿Ve usted la exageración?

CAÑA. Quizás... Pero, en primer término, y antes que todo, el caballero se debe a la verdad y a la justicia.

RAIMU. Exacto.

CAÑA. ¡Lo que me complace oír esa aprobación, don Raimundo!

RAIMU. Exactísimo. De modo que si usted mañana descubriera una mala acción nuestra, ¿nos denunciaría usted a los Tribunales?

CAÑA. ¿Cómo, cómo?

RAIMU. Le pregunto que si usted, después de siete años de comer a manteles en la mesa nuestra y de recibir el cariño y las consideraciones de todos, descubriera una acción infamante o criminal en uno de nosotros, ¿ayudaría usted a llevarnos a presidio para contribuir a la causa de la justicia y de la verdad?

CAÑA. Es absurdo el suponerlo en ustedes...

RAIMU. Conteste. ¿Sí o no?

ROSA. Conteste, conteste...

CAÑA. Si pasara eso, yo saldría inmediatamente de su casa.

RAIMU. Teniendo tan severa la conciencia, no basta.

CAÑA. Y no dificultaría la averiguación...

RAIMU. No basta.

CAÑA. Y... ¡y me pegaría un tiro!

RAIMU. No basta.

CAÑA. Pues ¡¡dos tiros!!

RAIMU. *(Abrazándole.)* Créame a mí, Cañaveral: no tenga ideas fundamentales en nada, que todo varía según las personas y las circunstancias, y hay muchas justicias, justicias absolutas que son muy grandes felonías... y hay verdades, verdades absolutas, en que sólo es noble la mentira, y la verdad es una grande, grandísima canallada.

CAÑA. ¡Ponen ustedes unos ejemplos tan desesperados, que se queda uno sin razón, aun trayendo el saco lleno de ellas!...

RAIMU. Mientras no sea más que hablar por hablar, bien está que se diga sentenciosamente: "¡¡La Justicia, la Verdad!!..." Pero cuando vaya usted a causar daños con verdades o con justicias, mire antes mucho el caso, mírelo mucho, Cañaveral...

CAÑA. Lo miraré, lo miraré cien veces...

RAIMU. Firmemos esa carta. *(Sacando la pluma estilográfica.)*

CAÑA. Es para el agente de Madrid, acusándole recibo del importe de los cupones del trimestre, y recordándole la venta de las acciones del Banco de Cartagena, por encargo de don Enrique.

RAIMU. ¿El vecino?

CAÑA. Sí.

RAIMU. ¿No le es a usted simpático Enrique?

CAÑA. No, señor.

RAIMU. Tampoco a mí. Pero no debe uno esquinarse con los vecinos.

CAÑA. Bueno, bueno. Firme... ¡Hola, doctor!...

ESCENA III

Dichos y el *Doctor Urgente.*

DOCT. Salud, señores... aunque sea disparatado el que lo desee un médico. *(A Rosario.)* ¿Cómo andamos? El pulso está fuerte. ¿Hacemos ejercicio?

ROSA. Poco...

CAÑA. Cuesta un triunfo el conseguir que salga. Anoche estaba animadísima para el concierto de hoy. Hoy ya desistió...

ROSA. No tengo ánimos ni para vestirme, pero quiero que vayan ustedes, sobre todo por la pobre Angélica.

DOCT. Es una criatura deliciosa.

ROSA. A buena parte viene usted con las alabanzas. Angélica es la adoración de Raimundo, la adoración de Cañaveral.

DOCT. Y la de todos.

RAIMU. Yo, sí, la quiero mucho.

CAÑA Es encantadora. La belleza, hecha mujer una vez más. Y luego un genio tan dulce, tan apacible, tan igual... Merece al mejor hombre de la tierra.

DOCT. Si yo fuera viudo, la merecería yo. Me creo de lo mejorcito.

RAIMU. No sería yo quien pusiera dificultades a una persona de las condiciones de usted.

DOCT. ¡Pues de veras que siento el no ser viudo!

CAÑA. ¡Repórtese, doctor!

DOCT. Fué una broma.

CAÑA. Ni en broma la conceptúo lícita. El casado no debe mirar más que a su mujer.

DOCT. ¡Es muy poco eso, Cañaveral! ¿A usted no le ha gustado nunca más que la suya?

CAÑA. Ninguna más.

DOCT. Respetando muchísimo a la suya propia, claro está, pero... ¿no sintió usted nunca el deseo de contemplar a una mujer guapa?

CAÑA. ¡Nunca! ¡Jamás!

DOCT. *(Aparte a Raimundo.)* Raimundo, usted que tiene más confianza con Cañaveral... dele usted en mi nombre un puntapié a ese señor. No merece otra respuesta.

ROSA. ¿Quedamos en que irán ustedes al concierto...? Si lo mío fuera una cosa de cuidado, una verdadera enfermedad...

DOCT. No la asistiría yo.

CAÑA. ¡Doctor!

DOCT. Yo no asisto más que a los sanos. Es mi especialidad.

RAIMU. Poco negocio...

DOCT. Al revés, grandísimo. Infinitamente mayor que el número de enfermos es el número de sanos que necesitan asistencia facultativa.

ROSA. ¿Piensa usted que es fingido todo el mal que achacamos a los nervios?

DOCT. Fingimiento, no, señora, pero tampoco enfermedad en la inmensa mayoría de los casos.

CAÑA. Obedecen a preocupaciones o a disgustos, a causas morales.

DOCT. *(Aparte a Cañaveral.)* O inmorales. De todo hay... *(Dirigiéndose a Rosario.)* Salvo cuando existe lesión—y ésa pronto se manifiesta—, en los demás trastornos nerviosos es rarísimo

no encontrar el origen en una pena o en una gran contrariedad. Por regla general, las crisis nerviosas empiezan en llanto y acaban en confesión.

ROSA. ¿Sabrá usted muchas tragedias íntimas?

DOCT. Ninguna.

ROSA. ¿Las olvida usted inmediatamente?

DOCT. Eso es poco. No las supe nunca.

ROSA. Bien hecho.

DOCT. La experiencia me convenció de que el médico ha de curar el espíritu tanto, por lo menos, como pretende curar el cuerpo, que en muchos enfermos no hay más que el fantasma de la enfermedad.

ROSA. Bastante es.

DOCT. Bastante, sí, señora. Y le aseguro a usted que no resulta labor muy fácil, porque la terapéutica del alma aún está muy en embrión.

ROSA. Nuestro amigo Cañaveral no serviría para esa especialidad de usted, porque su amor a la justicia y a la verdad le obligarían a revelar las confesiones.

CAÑA. No, señora.

DOCT. Evidentemente que no.

RAIMU. Sus ideas fundamentales me parece que están en liquidación.

CAÑA. No, señor. Como siempre, inflexibles; pero admito alguna salvedad.

RAIMU. Muy bien. Eso viene a ser, aproximadamente, "un poco más de una pulgada escasa".

CAÑA. No, señor; no, señor.

ESCENA IV

Dichos. Juana y *Romualda.*

JUANA. Señorita, la Romualda, que si puede pasar.

ROSA. Sí.

JUANA. Entra. *(Deja paso y mutis.)*

ROMU. Buenas tardes tengan ustedes.

RAIMU. ¿Qué hay, Romualda?

ROMU. Nada, señorito, más que el gusto de saludarlos... y de paso a ver si podían hacer algo por mí.

ROSA. ¿No estás colocada?

ROMU. No, señora, señorita.

ROSA. ¿No presentaste la tarjeta mía en casa de los Valerio?

ROMU. Me la dió ayer don Cañaveral, y ayer mismo fuí.

CAÑA. Cañaveral es apellido. Ya se lo dije a usted doscientas veces.

ROMU. Y yo no se lo niego; pero a mí me suena bien así, don Cañaveral, y como por el nombre no lo mienta nadie... ¡pues ya está! Y disimule, que ofensa no la hay.

ROSA. Vamos con lo tuyo. ¿Qué te pasa?

ROMU. No lo sé, ni puede que lo sepa el demonio... pero ello es que no me tienen quieta en ninguna casa. Tres días, cuatro días, una semana... ¡y la cuenta y a la calle!

RAIMU. ¿Qué razón te dan?

ROMU. Ninguna. Que no les convengo. ¡Seis casas llevo en un mes! ¡Es para volverse una loca de la cabeza!

ROSA. ¿Pero no te dicen algo?

ROMU. ¡Nada! Que no convengo; nada más. Miren que yo soy honrada y decente y trabajadora...

ROSA. Sí, mujer, si.

ROMU. Y de saber mi obligación de cocina, pruebas tienen ustedes. Y de sisar, como otra cualquiera.

DOCT. Lo que te corresponde.

ROMU. Eso es. La costumbre nada más. ¡Y a prudente no me gana otra! Cuatro años estuve con la viuda del señor administrador de Consumos, aquel don Ricardo, que gloria tenga. Pues en los cuatro años, habiendo visita de caballero, no entré una vez en la sala sin toser antes un poco.

CAÑA. No haría falta ninguna.

ROMU. Ninguna, no, señor. Es para contarles el ca-

so de mi prudencia solamente. Y de sufrida y de callada, no es porque yo lo diga, pero no han de salir muchas como yo, que en la casa del señor coronel de la zona había siete muchachos y los siete me abrazaban.

ROSA. ¿Los siete, Romualda?

ROMU. Y el señor coronel, ocho. Pues nunca fuí con el chisme a la señora ni puse cara de enfados.

CAÑA. Motivos le sobraban y debió usted hacerlo.

ROMU. ¡Bah, bah!... Si una fuera a reparar en esas pequeñeces no servía en ninguna casa. Y no llegando a la honradez de una, todo eso del abrazo que ellos dan y del empujón que yo les doy, viene a quedarse en una miaja de ejercicio, que dicen que es muy sano.

ROSA. Bueno, ¿qué quieres de nosotros?

ROMU. Que hagan el favor de otra tarjeta, pero no en blanco, sino poniéndole alguna línea de como me conocen y responden por mí.

ROSA. Con mucho gusto. ¿Quiere ponerla, Cañaveral?

ROMU. Quedaron ayer en avisarme, pero no avisaron... y tengo miedo.

CAÑA. Venga conmigo.

ROMU. Perdonen, señoritos, la molestia... ¡pero hoy no comí, de la rabia que me come, que es un contra Dios el que una mujer decente y trabajadora se vea despreciada!

CAÑA. Venga, Romualda.

ROMU. ¡Ya voy, hombre! ¡No se ponga exigente! Y les digo a ustedes, como el Evangelio, que me anda por la cabeza unas ganas de barbaridades, que si no fuera mirando a lo que una tiene que perder, ya había estallado el cohete que llevo dentro.

DOCT. Eso, no. Un poco de paciencia, que todo se arreglará.

ROMU. Veremos lo que se arregla. ¡Ande, hombre, no sea pesado!

CAÑA. ¿Soy yo el pesado? No lo sabía.

ROMU. Pues ya lo sabe. Buenas tardes.

RAIMU. Puesto que son conocidos tuyos, ¿por qué no les escribes tú?

ROSA. Yo les escribiré. Deje, Cañaveral, que ya voy yo.

ROMU. Dios se lo pagará, doña Rosario... y mucho se la prefiero de letra de usted, que este don Cañaveral las compone siempre con la máquina de escribir, y con la máquina no llega luego al corazón ninguna carta. Por su puño y por su mano pone usted: "Querido amigo, tengo muchísimo interés por la Romualda". Y el que recibe la carta se la figura a usted escribiéndola y muy interesada por la Romualda. Pero si se la figura a usted dándole con el dedo a la maquinilla... "Que...ri...do...a... mi...go..., ten...go... mu...chí...si...mo... in... te...rés... *(Imitando el movimiento.)* ¡Eso no es para un amigo, ni para un interés, ni para servir a la Romualda! ¡Escríbamela, escríbamela!

ROSA. Sí, mujer, sí. Vamos.

ROMU. Vamos. Buenas tardes, señorito. *(Mutis Rosario y Romualda.)*

ESCENA V

Raimundo, Doctor y *Cañaveral.*

DOCT. ¿Qué le ocure a esta pobre Romualda?

RAIMU. No lo sé. Cualquier hablilla de comadres.

DOCT. Pues se luce el barrio, que con chismes también traen en vilo a ese infeliz de don Deogracias.

CAÑA. El se lo busca.

RAIMU. ¿Y eso?

DOCT. Hasta ahora vivía en paz, ignorando—o sabiendo—que su mujer tiene un amigo.

CAÑA. Sabiéndolo.

DOCT. Quizás; pero la verdad oficial es que lo ignoraba. Ahora ya no puede tener duda.

RAIMU. ¿Se lo han dicho? ¿Y qué alma dañada se ha complacido en tal villeza?

DOCT. Anónimos, que recibe todos los días, con detalles y explicaciones... y hasta creo que con grabados para aclarar el texto.

RAIMU. Es una villanía introducirse alevosamente en el hogar ajeno...

CAÑA. El procedimiento no lo aplaudo... pero era menester que terminara el escándalo.

RAIMU. ¿Qué escándalo, Cañaveral? A mi casa no vienen: ¿Van a la de usted...? ¿Desde las ventanas ve usted algo incorrecto? ¿Por las calles o en los paseos demuestran en su actitud algo enojoso para los demás...?

CAÑA. ¡No, señor, no, nada de eso!

RAIMU. ¿Y entonces de qué se escandaliza usted...?

CAÑA. De su conducta privada...

RAIMU. Pues siendo privada le falta a usted razón, no digo yo para juzgarla, sino para conocerla tan siquiera, que la vida íntima de cada uno es una cuenta a liquidar únicamente con su conciencia aquí y con Dios allá, pero con nadie más, ni allá ni aquí. Y si me pidiera consejo le diría que despreciara esas calumnias.

CAÑA. Le consta que son verdades.

RAIMU. Pues que las desprecie también, que dentro de casa no hay más verdad que la que uno quiere saber, y ya es hora de que las puertas y los cerrojos, inventados contra los ladrones, sirvan alguna vez para protegernos contra los rateros de la paz y de la tranquilidad doméstica...

DOCT. Muy cuerdo sería... pero no lleva trazas de escucharle a usted... Al recibir la noticia, el pobre don Deogracias ha mugido de dolor... y ante la idea del ridículo le ha entrado una desesperación tan horrible que no se atreve ni a poner los pies fuera de casa.

RAIMU. Pero el ridículo no es más que una preocupación, un nombre...

DOCT. Cuidado, cuidado, que a los nombres les tienen miedo muchos...

RAIMU. Cierto, sí... pero esto aún es menos todavía, que para ser algo necesita que uno mismo le conceda estimación. Despreciado no es nada, absolutamente nada.

DOCT. Tiene usted razón... y, sin embargo, no tiene usted razón ninguna.

CAÑA. No hay quien se sobreponga a ese temor.

RAIMU. Bien, pues continúe el fantasma de los miedos hasta que la Humanidad se convenza de que habiendo tantos peligros reales y efectivos es absurdo el añadirse voluntariamente la carga de los peligros imaginarios.

DOCT. Absurdo del todo, no. Eso de los trasgos, por ejemplo, y de las brujas, y del íncubo y de la madre diablesa, es entretenidísimo. Asusta, pero gusta.

RAIMU. Ya lo sé que gusta, ya. Las leyendas más hermosas se deben todas a que los hombres tuvieron miedo.

CAÑA. Y seguirán teniéndolo.

RAIMU. Probablemente.

CAÑA. Seguro.

DOCT. ¡Seguro! Apueste usted sin miedo a que tendremos siempre mucho miedo... y muchísima razón para tenerlo.

ESCENA VI

Dichos y *Gutiérrez.*

GUTIE. Buenas, doctor. Muy buenas, Cañaveral. Disponga usted de mi palco, Raimundo.

RAIMU. ¿No va usted, Gutiérrez?

GUTIE. ¡Imposible! Tengo una conferencia telefónica con París, a las siete, y quiero pedir otra con Madrid.

DOCT. ¿Cómo marcha la Bolsa?

GUTIE. ¡Subiendo! ¡Es inverosímil! ¡Pero antes de la

liquidación del día primero ha de bajar, irremediablemente ha de bajar!

DOCT. ¿Y si no baja?

GUTIE. *(Pausa.)* Si no baja... el día primero me pegaré un balazo en la sien.

DOCT. ¡Eso nunca!

CAÑA. ¡Eso es inmoral!

RAIMU. Eso no es práctico, Gutiérrez. Perdiendo en un día, puede usted rehabilitarse en otro.

GUTIE. No, Raimundo, no, yo soy un caballero y no paso por la vergüenza de no cumplir mis compromisos.

RAIMU. No hay que sonrojarse porque un negocio salga mal, que nadie es infalible. Se paga y a luchar de nuevo.

GUTIE. Se paga, se paga... ¿Y con qué se paga...? Aun vendiendo hasta la ropa que llevo puesta, no alcanza mi fortuna para la mitad ni para la tercera parte de la liquidación.

CAÑA. En ese caso, la vergüenza no estará en la pérdida, sino en la jugada.

GUTIE. ¡En la jugada, no! Acertando, soy rico de un golpe.

DOCT. Y no acertando...

GUTIE. El que da la vida, lo dió todo. Quedaré como lo que soy, un hombre de honor, y mi muerte consolará a los míos. ¡Pero ganaré! ¡Bajará la Bolsa! ¡No tiene más remedio que bajar!

DOCT. Lo celebraremos...

GUTIE. Ya lo sé. Dispongan del palco. Y perdonen. Voy a telefonear... *(Mutis.)*

ESCENA VII

Raimundo, Doctor y *Cañaveral.*

DOCT. Ha de estar pasando unos días de prueba. No se los deseo ni a mi mejor amigo...

RAIMU. Vive como alocado...

DOCT. Y es curioso ver cómo entienden las gentes

la dignidad y la honra. No en lo que hacen, sino en cómo les sale...

RAIMU. Por los resultados.

DOCT. De momento, no sabemos si este hombre es un caballero o es un bandido.

RAIMU. Hay que aguardar al final, a la liquidación. Sube la Bolsa, pierde, no paga... ¡Gutiérrez es un grandísimo estafador!... Baja la Bolsa, gana, triunfa... ¡Gutiérrez es un grandísimo financiero!

CAÑA. ¡Admirable teoría! ..

DOCT. Si usted sabe otra...

CAÑA. ¡No he de saber! Salgan bien o salgan mal, el que hace bien las cosas, es honrado, y el que las hace deliberadamente mal, no lo es, aunque el éxito las corone.

DOCT. Entonces, para usted, Gutiérrez...

CAÑA. Despreciable, totalmente despreciable... ¿Y para usted?

DOCT. Yo no me permito el lujo de ir despreciando a todos los que pudieran merecerlo, para no quedarme sin amigos y sin visitas.

CAÑA. Pues yo, sí, aunque me quede solo en el mundo.

RAIMU. ¿Cuándo querrá usted aprender una cosa muy sabida?... Que no hay buenos ni malos, así, en redondo y a rajatabla, sino circunstancias, ocasiones, en que los hombres proceden bien, y ocasiones en que los hombres proceden mal... Si el día del juicio final nombran suplentes y lo eligen a usted para juzgar... ¡pocos pasaremos!...

CAÑA. Muy pocos.

RAIMU. O tal vez pasen muchos, pero muchos, Cañaveral; porque entonces le darían a usted facultades omniscientes... ¡y el que todo lo sabe, todo lo perdona, porque demasiado alcanza que el ser débil es ser hombre, y muchas maldades, todas quizás, no son más que eso, debilidades!...

CAÑA. Puede ser... Pero con mi criterio de hoy, no sería.

RAIMU. Peor para usted.

DOCT. Y para nosotros. Por si acaso, yo intrigaré cuanto pueda para que no le den esa suplencia...

ESCENA VIII

Dichos y *Angélica*.

ANGEL. Felices, doctor.

DOCT. No quería marcharme sin saludarla.

ANGEL. Muchas gracias.

DOCT. ¿Y el ahijado?

ANGEL. Ya está bien; pero no consintió que me fuera dejándolo despierto. ¡Parece mentira que un muchachote de nueve años, un zanganón ya, no se pueda dormir si no hay alguien a su lado!

DOCT. ¿El coco?

ANGEL. El coco. En cuanto apagan la luz o cierra los ojos, ya está viendo por los rincones aparecidos y duendes. "Marizápalos", llevándose por los aires en la escoba a los niños rabiosos; "Tragaldabas", acechando siempre a los traviesos en la sombra de los pasillos oscuros... y mil cuentos más por el estilo.

DOCT. Cuentos para nosotros, Angélica; para ellos, verdades de a puño, que les causan terrores infinitos, formándoles después imaginaciones asustadizas y propensas a exagerar la intervención de lo sobrenatural.

RAIMU. Y como si fueran todavía pocos los "Tragaldabas" y las "Marizápalos" que hemos de encontrar por la vida adelante, ahora hay un demonio más para la infancia. El demonio de la película sangrienta, que los aterroriza, y el de la película policíaca, que les enseña el encanto y la utilidad de ser grandes ladrones...

ANGEL. Y tanto que les enseñan; como que ya no

juegan a justicias y ladrones porque no hay chico que quiera ser justicia, para no desprestigiarse desde tan joven...

DOCT. Y luego pedimos que la autoridad sea muy respetada.

ANGEL. ¿A ti no te gustan los cuentos, tío Raimundo...?

RAIMU. A mí ni siquiera me los contaron. En mi niñez, cuando otros tienen juguetes y caricias, yo necesitaba ganarme el pan, recibiendo poco pan y muchos golpes.

ANGEL. ¡Muchos golpes! ¡Ahora todas son caricias! *(Canturreando maternalmente, apoyada en el respaldo de la silla en que está Raimundo:)* "Duérmete, tiíto, que viene el coco, a comer a los tiítos que duermen poco..."

RAIMU. Y cuando se reciben golpes de los hombres no vale la pena de asustarse por las amenazas de un duende o de una bruja, que no ha llegado nunca a pegar a nadie...

DOCT. ¿Es dura la existencia del minero, eh ?

RAIMU. Dura es, pero yo no me puedo quejar. Medré pronto.

ANGEL. Gastándose el jornal en libros y estudiando en vez de divertirse.

RAIMU. Naturalmente. Y hasta conseguir lo que me propuse no cejé ni un día en el trabajo y en el estudio. Aun ahora, que ya no lo necesito, por mi suerte, estoy al tanto de todo lo que se inventa o se perfecciona en minería. Si tuviera que volver a empezar no iría desprevenido.

DOCT. Ya es mérito el haber llegado a la fortuna desde la nada.

RAIMU. Ninguno. Llegar, llega todo el que se lo propone. Unos tendrán que apretar menos y otros más las clavijas de su esfuerzo, pero todos llegan.

DOCT. Pero los comienzos, no siendo nadie, ni pariente de nadie...

RAIMU. El parentesco es para una centena o para un millar de privilegiados...

ANGEL. ¿Te acuerdas del hijo de don Ignacio?
RAIMU. Jamás lo olvido, aunque entonces me pareció solamente una burla...
DOCT. ¿Qué fué?
RAIMU. Nada...
ANGEL. Cuéntalo.
RAIMU. Cuéntalo tú si quieres.
ANGEL. Allá va, para que no sea mal contado y muy rogado. "Pues señor...." cuando andaba el tío Raimundo por las minas, hecho un negro, con la cara tiznada, la ropa en jirones, el pelo sin peinar, la barba enmarañada...
RAIMU. Entonces aún no tenía barba, ni asomo de ella.
ANGEL. Lo siento, porque ya bien lo de la barba para la descripción del tipo del minero...
RAIMU. Aún no cumpliría los catorce años. Calcule...
ANGEL. Bueno. Pues una mañana bajó el Director a las minas con un muchachito que se le presentara pidiendo colocación y diciéndole que era el hijo de don Ignacio Zaldívar, un amigo o conocido del Director. Llegaron los dos a una galería en donde se hallaban trabajando varios mineros, entre ellos el tío Raimundo... sin barba. Una vez allí, el Director le dijo al muchachito: "La faena de estos hombres, a los que vas a unirte desde ahora, consiste en sacar carbón de esa veta. ¿Te has enterado?—Sí, señor... —Bien, pues dí: "soy el hijo de don Ignacio..." El muchacho, un poco atortolado, lo dijo a media voz.—¡No, no, más fuerte!—Y todo lo fuerte que pudo gritó el chiquillo: "¡¡Soy el hijo de don Ignacio!!..."—Habrás visto—continuó el Director—que ni diciéndolo bajo ni diciéndolo fuerte ha caído un solo grano de la piedra. ¡Al carbón no le importa que seas hijo de don Ignacio!... y como aquí lo que hace falta es sacar el mineral, coge un azadón y una pala, y ya que a esto te dedicas, desde hoy has de ser hijo de la pala y del azadón, y como trabajes de firme tú verás qué buenos padres tienes en tus manos...

DOCT. Moraleja: "En el trabajo, cada uno es hijo de sí mismo." También sé yo algo de eso.

ANGEL. Debe dar mucho gusto el poder decir: "No le debo nada a nadie, todo es mío..."

RAIMU. Aún es más grato el decir: "Todo es para vosotros..."

ANGEL. Esos son los buenos, los nobles, los generosos... los tíos Raimundos que pone Dios por estos mundos. ¡¡Salió verso...!! Ustedes perdonen...

RAIMU. Es adorable...

ANGEL. Claro, porque acabo de alabarte.

ESCENA IX

Dichos y *Juana.*

JUANA. Señorita, en la sala está la señora viuda de Cifuentes y su hermana.

ANGEL. *(Aterrorizada en cómico.)* ¡Las tías!

RAIMU. Que pasen aquí. *(Mutis Juana.)*

ANGEL. Adiós.

DOCT. Adiós.

CAÑA. Con su permiso, don Raimundo...

ANGEL. La destrucción de la torre de Babel. "Y se dispersaron todos los hombres y todas las mujeres..."

RAIMU. *(En broma.)* Serenidad, señores...

DOCT. No se puede hacer mayor elogio de sus primas de usted... ¡Anunciarlas y disolverse la tertulia!... Me choca en Angélica, que en el otoño piensa ir a pasar una temporada con ellas...

ANGEL. No lo diga ni en chanza. Son muy buenas, muy respetables... lo que usted quiera; pero son insufribles, gruñen constantemente, todo es pecado y todo es incorrección, y en su casa viven con una sordidez y una avaricia... ¡A su casa, no!

CAÑA. Son unas señoras muy correctas...

ANGEL. Pues vaya usted. Se las cedo. Todavía no estoy para ayunos perpetuos...

CAÑA. No exageremos...

ANGEL. ¿Que no exageremos? Lo que más quieren ellas en el mundo es al "Ninchi", un perro de aguas. Bueno, pues al perrito lo han puesto a régimen vegetariano. ¡Figúrense ustedes cómo me tratarán a mí, que voy, por lo menos, en segundo término para su cariño!

DOCT. *(Despidiéndose.)* No se olvide usted, Raimundo, de mandar que pongan esa carta recomendando al muchacho aquél.

RAIMU. ¿Cómo se llama?

DOCT. Gregorio López Landecho, calle de las Beatas, número 2, tercero. Quiere ir de pasante con algún abogado...

RAIMU. Ya, ya. Se lo recomendaré a Ocaña, que tiene un buen bufete. Apunta las señas tú, Angélica. Toma. *(Le da el lápiz y la cartera.)*

DOCT. *(Dictando.)* Gregorio... López... Landecho.

ANGEL. Landecho...

ESCENA X

Dichos, la *Viuda de Cifuentes* y su *Hermana.*

VIUDA. *(Suavemente, saludando a Raimundo, a la derecha.)* Buenas tardes...

DOCT. Beatas... dos. *(Las dos señoras miran a izquierda, al Doctor y Angélica, que no las miran a ellas, y muy serias siguen a saludar a Raimundo y a Cañaveral.)*

RAIMU. ¿Cómo estáis?

VIUDA. ¿Y tú?

DOCT. Ahí queda la nota. Adiós.

RAIMU. Platea once...

DOCT. Bueno. Hasta luego. *(Mutis, después de una reverencia. Cañaveral le acompaña.)*

ESCENA XI

Dichos, menos el *Doctor* y *Cañaveral.*

VIUDA. ¿Vais de teatro?
ANGEL. *(Saludándolas.)* De concierto.
VIUDA. Menos mal...
HERMA. ¿Es nuevo? *(El vestido.)*
ANGEL. Sí...
VIUDA. Y el mes pasado te vimos otro.
ANGEL. Sí, otro.
RAIMU. Sentaos.
VIUDA. Mucho dinero os debe sobrar...
RAIMU. Poco, porque se gasta.
HERMA. Siendo a gusto...
RAIMU. Sí.
VIUDA. Nosotras venimos con una petición para una rifa de un reloj.
RAIMU. Muchos relojes os deben sobrar...
VIUDA. Estáis de buen humor. Más vale...
RAIMU. ¿A cómo la papeleta?
VIUDA. A duro.
RAIMU. Vengan un par de ellas.
VIUDA. Gracias. Es una caridad...
ANGEL. ¿Y el perrito, tía?
VIUDA. Muy esbelto y muy airoso... ¡una monada! Pero lleva unos días tristón. Yo no sé qué le pasa...
ANGEL. El régimen.
VIUDA. Eres un poquito descarada, sobrina, y eso no está decente en una muchacha.
ANGEL. Dispense usted, tía; no quise molestar.
RAIMU. Avisa a Rosario.
ANGEL. *(Levantándose encantada.)* ¡Voy! *(Muy triste.)* Con su venia de ustedes, tías...

ESCENA XII

Dichos, menos *Angélica*.

VIUDA. La educas con demasiada licencia...
RAIMU. Juventud y alegría; no tiene más defectos.
VIUDA. Ojalá podamos decir siempre lo mismo.
HERMA. ¡Ojalá!
VIUDA. Pero creemos una obligación nuestra al advertirte de los riesgos que corre la juventud con los desmanes y los vicios modernos.
RAIMU. Los vicios ya son antiguos, prima, y por lo que vienen durando, parece que gustan.
VIUDA. Desgraciadamente. Pero si todos los honrados—y por tal te conceptúo a ti—nos uniéramos para expulsar de la sociedad a los perversos, más recatadamente se viviría.
HERMA. Más, primo, más.
RAIMU. Estoy conforme con vosotras. Exijo tan sólo que me señalen claramente, distintamente, cuáles son los perversos y en qué consiste la perversión.
VIUDA. Eso es muy fácil. Y una vez conocidos ha de rechazarse todo contacto con los infectos hasta su cuarta generación.
RAIMU. Pensando así no sé con quién tratáis.
VIUDA. Con muchos, decentísimos.
RAIMU. ¿Desde cuatro generaciones antes? Lo dudo; y si es verdad, vuestros amigos no son amigos solamente, son ejemplares de Museo.
VIUDA. ¿Deseas conocer alguno?
RAIMU. No, no; me impresionan mucho los fenómenos.
VIUDA. Pues te convendría escuchar sus conversaciones doctas y prudentes, incluso para reformar tu vida en lo que hubieres de menester.
RAIMU. Quizás... aunque mi vida es de una sencillez diáfana y se reduce a estar en paz dentro de mi casa, a respetar la ajena, a no murmurar de nadie y a no importarme que los demás murmuren o no de mí.

VIUDA. También el juicio de los demás es muy importante.

RAIMU. No lo desconozco, pero como yo no sé dónde se despacha ni quién posee la exclusiva de la verdadera opinión, mientras lo averiguo seguiré guiándome por la mia.

VIUDA. Dispensa que te lo diga: eso es soberbia.

HERMA. Soberbia, primo, soberbia.

RAIMU. Puede ser, no os lo niego. Pero si es orgullo y soberbia el guiarse por uno mismo, calculad vosotras la cantidad de soberbia que supone el pretender guiar a los demás.

VIUDA. Hay gente muy sabia.

RAIMU. Para mi misma vida, más sabio que yo mismo, nadie, en absoluto, nadie.

VIUDA. ¿Ni Dios?

RAIMU. ¡Dios, sí! Y como El quiera bajar a guiarme, ya te aseguro que estoy muy propicio a dejarme conducir.

VIUDA. Eres atroz.

HERMA. Atroz, primo, atroz.

ESCENA XIII

Dichos, Rosario, Angélica y *Cañaveral.*

ANGEL. *(A Raimundo.)* Tu sombrero.

RAIMU. ¿Y el tuyo?

ANGEL. En el auto. Me lo pondré al llegar para que no se chafen las plumas... y para no chafar a las tías.

VIUDA. *(A Rosario, que las saludó.)* ¿Tú no vas?

ROSA. Me hace daño la atmósfera del teatro.

RAIMU. Si queréis os llevamos.

VIUDA. Al teatro, no.

HERMA. ¡Jesús!

RAIMU. Tranquilizaos; hay cordón sanitario. Hasta la ciudad...

VIUDA. Eso lo agradeceremos.

RAIMU. Pues cuando dispongáis.

VIUDA. Que te alivies.

HERMA. Que te alivie.
ROSA. Gracias.
VIUDA. Y otra tarde vendremos más despacio.
RAIMU. ¿Te mando el auto y vas a buscarme a la salida? ¿A las ocho?
ROSA. Sí. A las ocho.
RAIMU. Pues hasta luego.
ROSA. *(Con un poco de mal humor.)* ¡Adiós, Angélica!
ANGEL. *(Que marchaba sin despedirse, volviendo muy seria.)* ¡Adiós, Rosario!
ROSA. *(Besándola con afecto.)* No seas huraña, mujer.
ANGEL. *(Sin devolverle el beso y secamente.)* Te lo parece a ti. Adiós. *(Mutis las dos viejas, Cañaveral, Raimundo y Angélica, que se coge de su brazo).*

ESCENA XIV

Rosario, luego *Enrique.*

(Rosario los ve marchar, cierra la puerta, después la ventana, coge un libro y trata de leer, pero su impaciencia se lo impide; se sienta, se levanta y vuelve a sentarse; va a la ventana, mira, y por fin a la puerta, dejando pasar a Enrique, y cierra con llave.)

ENRIQ. ¡Esto es imposible! ¡No podemos continuar así!
ROSA. ¿Te han visto?
ENRIQ. Creo que no; pero dos veces tuve que retroceder y ocultarme entre los árboles.
ROSA. En el jardín no hay nadie, que yo alejo siempre a los criados.
ENRIQ. En la ventana, arriba.
ROSA. Alguna muchacha. ¿Te vió?
ENRIQ. Me parece que no; pero ¿quién lo asegura? Y lo peor de todo es que a cambio del peligro que corremos no se tenga jamás la compensación de una hora tranquila.

ROSA. Yo no puedo salir sola, Enrique.

ENRIQ. Lo comprendo perfectamente, pero hazte cargo tú de la imposibilidad, de la locura enorme de que sigamos viéndonos así.

ROSA. *(Espantada.)* ¿Romper?

ENRIQ. Romper, no; decidirte, resolverte.

ROSA. ¿Y abandonarlo todo... y a todos?

ENRIQ. A las nueve pasa un tren; en dos horas estamos en la frontera. Te dejo por allí bien instalada; vuelvo, para que no coincida nuestra desaparición, y al cabo de unos días nos reunimos definitivamente.

ROSA. Y si mañana te cansaras de mí... ¡No, no!

ENRIQ. Desconfiando, tienes muchísima razón.

ROSA. No es desconfiar, no. Es que me duele amargamente, desesperadamente, el abandonar a los míos.

ENRIQ. Muy natural; pero esto es la consecuencia inevitable de nuestra situación. No pienses que lo propongo por gusto, sino porque es preciso, porque no hay otra manera y porque forzosamente ha de llegar un día en que nos descubran y entonces iremos a lo mismo que hoy te espanta, pero iremos además con el escándalo, y tal vez con la catástrofe.

ROSA. No, no. Aumentaremos las precauciones.

ENRIQ. ¿Pero tú dices ya que en los ojos de Angélica ves algo acusador?

ROSA. Sí te lo dije, sí; pero no sospecha nada. Es el miedo mío el que me lleva a suponer que en sus ojos hay una acusación contra mí.

ENRIQ. ¿Te complace el vivir inquieta y asustada? Bien, pues seguiremos así.

ROSA. *(Sonriendo.)* Exageramos un poco el temor.

ENRIQ. Quizás.

ROSA. *(Llevándole a sentarse.)* Ven. Pensemos en nosotros mismos un instante. ¿Me quieres, Enrique?

ENRIQ. ¿Lo dudas?

ROSA. No, pero decírmelo tú es una satisfacción muy grande, y una disculpa muy grande también.

Cada vez que llega a mí por tus palabras el convencimiento de que me quieres más que a todo y de que me querrás siempre, es una alegría tan inmen... *(Interrumpiéndose bruscamente, se levanta. Pausa. Escuchando.)* ¿Has oído algo?

ENRIQ. Nada...

ROSA. Me pareció que chirriaba la verja...

ENRIQ. No. Pero realmente resulta agradabilísimo el que nos intranquilice cualquier rumor, y cuando hablas, en vez de atender a la delicia de tus palabras, estar pendiente de si suena o deja de sonar algún ruido, y por consecuencia, alguna amenaza...

ROSA. *(Volviendo a sentarse a su lado.)* ¿No me perdonas la inquietud que te causo?

ENRIQ. No lo preguntes siquiera, que yo no hablo de ti, ni contra ti, sino de los dos... y contra los dos.

ROSA. Te creo, pero créeme tú a mí también. ¿Qué podría yo desear que no fuera la paz y el olvido completo del mundo cuando estás a mi lado?

ENRIQ. ¿Y yo no querré lo mismo?

ROSA. Lo mismo, sí.

ENRIQ. Y teniendo esa persuasión, ¿por qué no aceptas la única fórmula razonable?

ROSA. No insistas en ello. ¡Te lo pido con toda mi alma!

ENRIQ. Bien...

ROSA. ¿No te basta con la alegría de vernos y con la seguridad absoluta de que yo soy muy dichosa en estos minutos?

ENRIQ. A la fuerza ha de bastar...

ROSA. No, así no. Nada de transigir malhumorado.

ENRIQ. *(Sonriendo.)* Pues será una vez más lo que tú dispongas y nos conformaremos muy gustosos.

ROSA. ¡Así, así!

ENRIQ. Aceptando la felicidad como ella quiere venir y como tú la quieres conceder.

ROSA. *(Zalamera.)* ¡Eso es ser bueno!

ENRIQ. *(Riendo.)* No hay bondad mayor que la de obedecer, y ésa es la que más os satisface y más os convence a las muje...

ROSA. *(Tapándole la boca bruscamente.)* ¡¡Calla!! *(Pausa breve escuchando.)* ¡¡Vienen!!

ENRIQ. Ojalá.

ROSA. ¿Qué dices?

ENRIQ. ¡Que vengan! Prefiero terminar de una vez. ¡Como sea, pero de una vez!

ROSA. ¡Calla!

ENRIQ. ¡Que esta zozobra continua es insostenible!

ROSA. ¡¡Calla, por Dios!! *(Se levanta y mira por la ventana, yendo a ella de puntillas y disimuladamente.)* ¡¡Raimundo!!

ENRIQ. *(Levantándose.)* ¡Mejor!

ROSA. ¡Viene hacia aquí!

ENRIQ. ¡¡Mejor!!

ROSA. ¡Sálvame, Enrique!

ENRIQ. Calma, calma. No lo atropellemos todo antes de tiempo.

ROSA. Ya está ahí. ¡Ven! ¡Ven!

ENRIQ. ¿Adónde?

ROSA. ¡¡Ven!! *(Quedan los dos inmóviles escuchando.)*

ESCENA XV

Una pausa. *Dichos* y *Raimundo.*

RAIMU. ¡Rosario...! ¡¡Rosario!! *(Golpeando la puerta después de haber intentado abrirla.)* ¡Rosario! ¡¡Abre, Rosario, abre!! *(Rosario vacila, pero Enrique, por señas, enérgicamente, la obliga a abrir.)*

ROSA. *(Medio muerta de espanto, pero dominándose, descorre la llave, y antes de abrir, por un instinto de defensa todavía, coge a Enrique y le empuja hacia la puerta de modo que ésta, al abrirse, le oculta detrás de la hoja.)* ¿Qué es...?

RAIMU. ¡¡Que Angélica se ha caído del auto!!
ROSA. ¿Muerta?
RAIMU. ¡No sabemos! ¡Ven, ven...! *(Y se la lleva apresuradamente. Enrique respira fuertemente y... va a salir con precaución, pero a los pocos pasos retrocede rápido, volviendo a colocarse en la posición anterior.)*

ESCENA XVI

Enrique, Rosario, Raimundo y Cañaveral.

(Trayendo a Angélica desmayada, la depositan cuidadosamente en el sofá. Rosario, al entrar, empuja las hojas de la puerta.)
ROSA. ¿Cómo ha sido?
RAIMU. No sé... Oímos el grito, viéndola ya en el suelo. Debió levantarse para algo y perder el equilibrio... ¡No sé!
ROSA. ¿Vive?
CAÑA. Sí, sí.
RAIMU. Desabróchala un poco...
CAÑA. ¿Respira?
RAIMU. No... ¿Y el pulso?
CAÑA. Me parece que lo siento...
RAIMU. ¿Cómo tienes cerrado aquí...? ¡Qué calor...! *(Va Raimundo a abrir la ventana de la izquierda. Rosario lo mira espantada. Cañaveral, tomando el pulso a Angélica, está muy atento a ella. Cuando abrió ya la ventana Raimundo, comprendiendo que al volverse para venir va a ver a Enrique, corre Rosario a Raimundo, y abrazándole lo trae hacia Angélica de modo que Rosario le impida ver la puerta.)*
ROSA. ¿Cómo fué...? ¿Quién la vió primero? ¿Tú la levantaste? ¿Tendrá algún mal golpe, Raimundo, tendrá algún mal golpe?
RAIMU. No sé, no sé...
ROSA. Vete inmediatamente a buscar al doctor... ¡Co-

rre! ¡Corre! ¡En el mismo auto! ¡¡Corre por Dios!!

RAIMU. ¡Voy, voy...! *(Mutis.)*

ROSA. *(Pausa; un momento sin poder hablar.)* Cañaveral... avise usted a las muchachas... voy a desnudarla...

CAÑA. Bien. *(Mutis.)*

ROSA. *(Cuando Cañaveral se aleja, coge a Enrique del brazo y lo trae para que salga.)* ¡Salta la muralla por abajo, por la fuente...!

ENRIQ. Bueno... *(Angélica ha vuelto en sí, mirando en derredor, sin darse cuenta; los ve, comprende, y da un grito, cayendo de nuevo desmayada. Enrique y Rosario quedan inmóviles un momento y aterrados.)*

ROSA. Mañana, a las nueve, en la estación.

ENRIQ. ¡A las nueve! *(Enrique huye. Rosario queda inmóvil mirando fijamente a Angélica.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

Cañaveral, paseándose nervioso. *Juana,* inmóvil.

JUANA. ¿Pero la señora no viene?...

CAÑA. Por lo visto.

JUANA. ¿Le guardamos almuerzo?

CAÑA. No.

JUANA. ¿Almorzó fuera?

CAÑA. Eso es. Fuera.

JUANA. ¿Entonces servimos para los señoritos?

CAÑA. No.

JUANA. Son las tres.

CAÑA. Las tres; bueno. ¿Por qué no han de ser las tres?
JUANA. ¿Esperamos algo más?
CAÑA. No. Coman ustedes; coman, coman...
JUANA. Bueno... *(Mutis, después de entrar las hermanas.)*

ESCENA II

Cañaveral, Viuda y Hermana.

HERMA. Muy buenas, señor Cañaveral.
CAÑA. Muy buenas tardes, señoras.
HERMA. Nos asustó usted con su tarjeta...
VIUDA. ¿Ocurre algo?
CAÑA. Ocurre. De Rosario...
VIUDA. ¿Que? *(Después de leer la carta que le entrega Cañaveral.)* ¡Jesús! ¡Mira, mira!
HERMA. *(Después de leer.)* ¡Jesús! ¡Jesús!
VIUDA. ¡Qué vergüenza!
HERMA. ¡Qué escándalo!
VIUDA. ¿Le dió usted la noticia a Raimundo?
CAÑA. No, señora. En la carta me lo ruegan; pero yo he considerado indispensable hablarlo previamente con ustedes y con el doctor.
VIUDA. El doctor sobraba. Cuantos menos, mejor.
CAÑA. Como al fin han de saber todos que se marchó abandonando su casa...
VIUDA. No, señor, no. Es menester que no lo sepa nadie. Hay que tapar esto.
HERMA. ¡Taparlo! ¡Taparlo!
VIUDA. Buscaremos un pretexto para la ausencia; ¡pero, por Dios, que no venga el escándalo sobre nosotros!
CAÑA. Lo buscaremos. Es más prudente, sí.
VIUDA. ¿A qué hora salió Rosario?
CAÑA. Marchó a eso de las ocho y media. Y la carta me la entregaron a las once, cuando vine.
VIUDA. ¿Y cómo es que Raimundo no lo sabe ya?
CAÑA. No tiene por qué sospechar aún. La salida de la mañana se justifica muy fácilmente, y

luego don Raimundo se fué temprano con otros amigos al banquete que celebran todos los años en Pasajes.

HERMA. Nos lo dijo ayer.

VIUDA. Ya lo recuerdo.

ESCENA III

Dichos y el *Doctor.*

DOCT. ¿Quién se muere?

CAÑA. Nadie.

DOCT. ¿Entonces para qué tantas prisas?

CAÑA. Lea.

DOCT. *(Pausadamente, dobla y mete la carta en el sobre.)* Bien.

VIUDA. Es una vergüenza para nosotros.

DOCT. Para ustedes no tanto.

VIUDA. Somos primas hermanas suyas. Sobre nosotras recaerá el baldón a la familia, y Raimundo debió pensarlo un poco antes de traer a una mujer cualquiera a la casa.

DOCT. Esas cosas no hay manera de pensarlas antes; y en cuanto a la preocupación por el disgusto que ustedes puedan tener, lo creo algo secundario en estos momentos. No se imaginarán ustedes que Raimundo se ha pasado los quince años de su matrimonio diciéndose todas las noches: "¡Dios mío, que mi mujer no me engañe para no mortificar algún día con el escándalo a mis primas hermanas!"

VIUDA. Como usted lo dice, no. Pero si no hemos de vivir aislados, todos tenemos que pensar en todos... y ahora nosotras pensamos también en Raimundo y en Angélica para mitigarles un poco las consecuencias de esta desdicha.

CAÑA. Es muy noble el parecer y el propósito de estas señoras.

HERMA. Nuestro deber.

VIUDA. Nada más que nuestro deber.

CAÑA. Por de pronto acudamos a lo más urgente, a

la forma en que se dará la noticia. ¿Qué procedimiento consideran ustedes menos doloroso? ¿Enseñarle la carta?

VIUDA. Me parece muy brusco. ¿Verdad?

HERMA. Muy brusco.

CAÑA. ¿Escribirle nosotros... y firmarlo todos?

DOCT. ¿Una certificación? No, no.

VIUDA. Tampoco. Hay que hablárselo.

CAÑA. A mí me confiaron la enojosa misión, pero la declino si alguien más autorizado, el doctor, por ejemplo...

DOCT. Yo no. ¿No se va a dar un disgustazo? Pues la familia, la familia. Para eso están en el mundo los parientes.

VIUDA. Y para no rehuir una mortificación cuando es para la salud espiritual o corporal.

DOCT. ¿Entonces usted se encarga?

VIUDA. Yo, sí, señor.

CAÑA. Procure bien el escoger las palabras más afectuosas.

HERMA. Descuide usted. Mi hermana cumplirá delicadamente.

VIUDA. Obligación tengo y costumbre también. ¿Tardará mucho Raimundo?

CAÑA. Ya no.

VIUDA. Pues aguardaremos.

CAÑA. E inmediatamente que llegue...

VIUDA. Inmediatamente, sí. Hasta para la resolución que adopte será oportuno el no dilatarlo.

DOCT. ¡Cuánta rapidez!

VIUDA. ¿Se opondrá usted a que se lo comunique?

DOCT. No. Me opongo tan sólo a que se le diga inmediatamente.

VIUDA. ¿Creerá usted más piadoso el que viva en el engaño otras cuantas horas?

DOCT. Y si pudiera ser toda la vida, ¿no era mejor?

CAÑA. Cierto que sí; pero en este caso hay la imposibilidad material de que lo ignore más tiempo.

VIUDA. Y me sorprende algo, señor doctor, que teniendo a gala el mostrar su desdén por sentimientos muy respetables, quiera usted ahora

defender unos minutos con razones de un exagerado sentimentalismo.

HERMA. Así parecerá más caritativo que nosotras.

DOCT. No lo pretendo. Me pidieron opinión y digo únicamente que soy contrario a que se le dé el disgusto ahora.

VIUDA. ¿Más tarde?

DOCT. Eso es.

VIUDA. A las cuatro, a las cinco...

DOCT. A las cinco, bien.

CAÑA. ¿Y qué ganamos con esas dos horas?

DOCT. ¿Pregunta usted qué ganamos nosotros o qué gana Raimundo?

CAÑA. Raimundo.

DOCT. Pues muchísimo. Yo puedo discutir si hay fibras para los sentimientos para el amor, para la honradez... o no son más que excitaciones morbosas.

VIUDA. Le ruego a usted que no siga por ese camino.

DOCT. Bien. Pero yo no puedo discutir que hay jugos gástricos y funciones digestivas... y que es temerario el perturbarlas.

CAÑA. Ni nadie.

DOCT. Pues entonces ya estamos de acuerdo todos en la hora. Raimundo vuelve de un banquete; se habrá excedido un poco, y no debemos calcular que se le normalice la interesantísima función aludida hasta eso de las cinco...

VIUDA. Justo, justo.

DOCT. Por eso propongo tal hora.

HERMA. Aceptada.

CAÑA. ¡No faltaba más!

DOCT. Ya ven ustedes que para ese plazo de calma que le concedo no hay ninguna razón sensiblera.

CAÑA. Al contrario, muy prosaica.

DOCT. La prosa del cuerpo también trabaja por la quietud del alma... y se puede muy bien, sin ser piadoso de real orden, tener un poco de piedad solamente por saber un poco de fisiología. Hasta luego, señores.

CAÑA. Usted debe estar con nosotros.

DOCT. Hay tiempo para hacer visitas. Voy a curar más sanos y volveré a las cinco, a ver si tengo más enfermos. Hasta lue...

VIUDA. Oiga, doctor. Si continúa usted portándose como bueno le voy a dar licencia, sin escrúpulo ninguno, para que diga esas botaratadas que tanto le gustan.

DOCT. Perdón, señora. Son convicciones arraigadas. *(A Angélica, que entra.)* ¿Completamente bien?

ESCENA IV

Dichos y *Angélica.*

ANGEL. Del todo, sí.

DOCT. Convicciones arraigadísimas. Lo que no tiene existencia material, lo que no se puede palpar, tocar con las manos, para mí no existe.

ANGEL. Toque a una estrella, doctor.

DOCT. ¿Cómo?

ANGEL. ¿No puede?

DOCT. Claro que no.

ANGEL. Luego no existe la estrella. A mí el argumento me convenció. Cuando tenga otro parecido no deje de venir pronto...

DOCT. Hablábamos de otro orden de cosas. De si el alma puede...

HERMA. Va usted a echar a perder el buen concepto que le mereció a mi hermana.

VIUDA. Déjalo. *(Sonriendo.)* Diga, doctor. Le doy licencia...

DOCT. Vaya, vaya, buenas tardes...

VIUDA. Doctor, doctor... dígalo sin rebozo.

DOCT. ¿No se asustará usted...?

VIUDA. No, señor.

DOCT. Pues entonces, resueltamente no lo digo. Las herejías se lanzan para asustar a las gentes, y no asustándose les quitan la única gracia que tienen. Y en este caso las herejías se quedan

en vulgarísimas majaderías... ¡No me conviene el trato!

VIUDA. Pues vaya con Dios.

DOCT. Adiós. *(Mutis.)*

ANGEL. Nadie avisó, tías...

VIUDA. Ahora íbamos a mandarte recado. *(Llevándosela aparte.)* Oye, Angélica. ¿Tú sabes que la tía Rosario ha salido esta mañana? ¿Sabes que no ha vuelto? ¿Y sabes que tardará mucho en volver?

ANGEL. *(Súbitamente seria, contesta con inclinaciones de cabeza.)* Sí...

VIUDA. El doctor ha mandado que vaya a un Sanatorio durante una larga temporada.

HERMA. *(Aparte a Cañaveral.)* Es admirable para estas comisiones...

VIUDA. Y para evitar la impresión de las despedidas hemos acordado que marchara sin que nadie lo supiera.

HERMA. *(Aparte a Cañaveral.)* Se pinta sola...

CAÑA. Lo sospechaba...

VIUDA. ¿Has comprendido, Angélica?

ANGEL. Sí, tía...

VIUDA. Mientras duren estas circunstancias, tú no puedes seguir en la casa, y aunque realmente no tenemos ningún parentesco, vendrás a la nuestra. De ningún modo vamos a tolerar que te lleven recogida a cualquier sitio. *(Angélica se levanta súbitamente.)* ¿Comprendes lo que te quiero decir?...

ANGEL. Sí, señora...

VIUDA. Llámame como siempre.

ANGEL. Sí, tía.

CAÑA. *(A Hermana.)* Qué hermosa lección...

VIUDA. ¿Quieres que aguardemos a Raimundo en el jardín?

ANGEL. Donde ustedes manden.

VIUDA. Y hablaremos. ¿Nos dispensa, Cañaveral?

CAÑA. ¡Señoras!... *(Mutis las tres.)*

ESCENA V

Cañaveral, Juana, con *Romualda.*

JUANA. Ahí lo tienes. Aprovecha el momento que está solo.

ROMU. ¿Se puede?...

CAÑA. ¿Qué quiere usted ahora?

ROMU. Decirle una palabra...

CAÑA. Pues abrevie, que no estoy para chinchorrerías.

ROMU. No, señor. Como usted es tan amable siempre, venía a ver si le convengo...

CAÑA. ¡Ya se le dió a usted la recomendación para otra casa!...

ROMU. Pero no me acomodé...

CAÑA. Lo siento.

JUANA. Y [illegible] yo supe que ayer se le despidió a usted [illegible] cocinera, pues avisé de corrido a la Romualda...

CAÑA. Si no fuese usted chismosa y se metiera usted la lengua en donde le quepa... mejor le iría.

JUANA. *(Aparte a Romualda.)* Llegamos en buen momento, mujer...

ROMU. Pero yo no puedo aguantar más. *(A Cañaveral.)* Usted me conoce y sabe mi garantía de formal y trabajadora...

CAÑA. Ya lo sé.

ROMU. ¿Y no le convengo?

CAÑA. No..

ROMU ¿Por qué?... *(Subiendo el tono ya.)* ¿Por qué, hombre?

CAÑA. Por nada... Yo quiero una mujer de más edad.

ROMU. ¿De más edad que yo? ¡Mentira! Todos los viejos las quieren de menos.

CAÑA. No discutamos vanamente. Por lo que sea, a mí no me conviene... y usted dispensará.

ROMU. Pero ¿por qué? ¿No me da una razón siquiera?

CAÑA. Algunas tengo; pero estimo más prudente el callármelas.

ROMU. ¿Y qué puede decir contra mí, ¡¡grandísimo embustero!!...

CAÑA. Haz el favor de marcharte...

ROMU. ¡Ay, no! ¡Que ahora lo dice!

JUANA. ¡Eso es quitarle fama, y hace bien en no marchar sin que lo expliquen!

CAÑA. Si es preciso, lo diré...

ROMU. Dígalo, dígalo; ¡a ver si reventamos todos de una vez!

CAÑA. Es verdad que contra usted, Romualda, no hay ni la más leve queja; pero tiene usted un hermano...

JUANA. Tiene varios.

CAÑA. Uno, uno. Ramón.

ROMU. *(Desconsolada.)* ¡Ay, Dios mío de mi vida!

CAÑA. *(Pausa.)* No sigo, ¿verdad?...

ROMU. ¿Y qué culpa tengo yo? ¿Es que se dijo algo de mí en la Audiencia?...

CAÑA. Absolutamente nada.

ROMU. ¿Y eso no pasó allá, en Cáceres? ¿Y yo no estaba aquí?

CAÑA. Exacto.

ROMU. Y entonces, si no me enredaron en la causa los jueces... ¿por qué demonios me enredan ustedes en los castigos?...

CAÑA. Yo no castigo... Pero reconozca usted que no es la mejor recomendación para admitir a una persona dentro de casa, el que sepamos que tiene una hermano en presidio por ladrón...

ROMU. ¿Pero yo no soy honrada? ¿No soy decente...?

CAÑA. ¡Más bajo! No escandalice.

ROMU. ¡Qué más bajo ni qué centellas, hombre! ¿Qué culpa tengo yo, hombre? ¿Y por qué no me toman a mí como yo soy, hombre?

JUANA. ¡Le sobra razón...!

CAÑA. Le sobrará... pero que la admitan otros.

ROMU. ¿Otros? ¡Y los otros dicen lo mismo! ¡Y así voy rodando de otros en otros! ¿Pero ustedes los buenos, no ven que esto es hacer gente mala? ¿Si me niegan trabajo en todas partes,

cómo quieren que viva, sino de mala y de ladrona y de Dios sabe qué?

CAÑA. Es muy deplorable, sí... pero los demás también tenemos que guardarnos. Claro que con usted no hay temor de que ocurra nunca nada, pero si ocurriera, ¿no dirían todos con muchísimo fundamento que había sido una imprevisión y una imprudencia...?

ROMU. ¿Y voy a quedarme sin acomodo para toda la vida?

CAÑA. Podrá usted colocarse en otra población, en donde no la conozcan...

ROMU. ¿Pero no ha de ser mejor en donde me conozcan por honrada y por buena?

CAÑA. Aquí habrá siempre el recelo...

ROMU. ¿Recelo de qué, si yo no lo veo, ni lo hablo, ni lo trato...?

CAÑA. No puede usted negar que es su hermano, y el bien o el mal de cada uno trae bien o mal para los próximos. Eso es evidente.

ROMU. Bueno, que sea de ese modo, pero entonces vamos adelante con el carro de esa idea. Yo tengo un hermano granuja, cierto, pero también tengo otros tres hermanos ¡tres! muy dignos y muy hombres de bien. ¿Se enteró usted...? ¡¡tres!!

CAÑA. Sí.

ROMU. Pues ya estamos divinamente. Si uno me tira para abajo, tres han de tirarme para arriba y poder más.

CAÑA. No. Ni tres ni tres mil borran el peligro del uno, del malo.

ROMU. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡¡Bueno!! Mi hermano un mal hombre... y yo que reviente o que arranque por la calle de en medio y sea también una mala mujer. ¿Y ustedes, don Cañaveral? ¿Buenos o malos? ¡¡Malos, centella, malos!! ¡Que si hubiera una miaja de justicia en este mundo, la mitad de la cadena amarraba al presidiario, sí, pero con la otra mitad habían de amarrar a los egoístas que dan dinero para que haya cárce-

les y no dan dinero para que haya casas y ropa y comida, que a ninguno le debía faltar!

CAÑA. Calle, Romualda.

ROMU. No me da la gana. Y cada vez que dicen los periódicos que en la prisión hay tan buenas camas y proporcionan tan buenos alimentos, me dan unas tentaciones locas de robar, no para ser ladrona, no, sino para que me lleven a tan buen sitio como dicen que es la cárcel.

CAÑA. ¿Quieres marcharte?

ROMU. Y cuando vayamos todos adonde no hay más que un juez, ya veremos a quién castigan primero, si a tantos como pecan por hambre o a tantos como dejan que haya esas hambres por el mundo. Ya veremos, ya veremos...

JUANA. *(Llevándosela.)* Ven conmigo, mujer...

ROMU. Y si no lo vemos... ¡si no lo vemos, entonces no habrá duda de que estuvieron en lo firme los que levantan cárceles nada más!

CAÑA. ¡Vaya con Dios ya, Romualda!

ROMU. Bueno. Con Dios me voy. Quédese usted con el demonio, don Cañaveral.

JUANA. Ven, ven. *(Mutis las dos.)*

ESCENA VI

Dichos y *Raimundo.*

RAIMU. Pasad, pasad. ¿Qué milagro tener el gusto de veros dos días seguidos? ¿Hay algún otro reloj que rifar?

VIUDA. Algún otro pobre no faltaría...

RAIMU. Desgraciadamente. ¿Y Rosario?

ANGEL. *(Brincando a su encuentro.)* ¿Qué tal ese banquete?

RAIMU. Espléndido, pero fuerte. Todo de mariscos.

CAÑA. ¡¡Mariscos!! *(Aparte a Hermana.)* ¿No será todavía pronto a las cinco?

HERMA. Quizás...

RAIMU. Hubo un vinillo blanco, un Graves, que se dejaba ir solo... y, claro, los brindis también se

fueron solos. Me parece que dijimos muchos disparates...

CAÑA. Bien hecho.

VIUDA. ¿Ya no saldrás?

RAIMU. No.

VIUDA. Ha quedado el doctor en volver a las cinco... y nosotras también volveremos.

RAIMU. *(Algo extrañado.)* ¿Os vais y volvéis...?

VIUDA. No nos vamos...

RAIMU. Intentáis saquear a Rosario, ¿eh...? Cuando yo preguntaba por las rifitas no iba muy descaminado.

VIUDA. No...

RAIMU. Os concedo diez minutos para el asalto a su bolsillo. En seguida venís o voy.

VIUDA. Perfectamente. *(Mutis Viuda y Hermana.)*

RAIMU. ¿Hubo correo?

CAÑA. Periódicos solamente. ¿Los traigo?

RAIMU. Tráigalos si quiere. O si no, deje, que voy yo a la casa.

CAÑA. No, no... *(Mutis.)*

ESCENA VII

Angélica y *Raimundo.*

ANGEL. *(Vuelve a brincar risueña, abrazándolo para detenerlo, y a medida que él habla, ella cae en su preocupación.)* ¡Cuéntame algo, tío! ¿Quiénes asistieron a la comida?

RAIMU. Los mismos de todos los años. Faltaron dos camaradas: uno, por achaques, y otro, por una desgracia de familia. Veremos los que faltamos el año próximo... ¡Vamos para viejos, sobrinilla!... Pero hay que conformarse, que peor es no contarlo. Dicen que es peor... yo no lo sé de fijo. Bah, bah... no pensemos en lo irremediable. *(Da media vuelta para marchar.)*

ANGEL. *(Con angustia.)* ¡¡Tío!! *(Sonriendo forzadamente cuando él le mira.)* Que... que... ¿por qué brindaste tú?

RAIMU. Igual que todos. Por que nos volvamos a reunir

con salud, o siquiera con pocas enfermedades, y por que tengamos tranquilidad y paz dentro de nuestras casas, que es el ideal supremo de todos los finales de las vidas... *(Pausa. Mirándola.)* ¿Qué te pasa a ti, Angélica?

ANGEL. *(Riendo.)* Nada...

RAIMU. ¿Ya no soy el amigo en quien se confía?...

ANGEL. ¡No has de ser! ¡Y hoy más que nunca!

RAIMU. ¿Por qué hoy más que nunca?

ANGEL. Por nada... ¡Simplezas!... Que hay días tristes sin motivo, como nos ponemos trajes negros sin estar de luto.

RAIMU. ¿No será que te persiga hoy algún fantasma?...

ANGEL. ¡No los hay!

RAIMU. ¡Sí, los hay, Angélica; si los hay!... También yo los siento flotar en el aire y muy cerca de mí.

ANGEL. ¡No digas eso, tío Raimundo!

RAIMU. En seguida reflexiono y me burlo de mi credulidad... Pero un rumor cualquiera, el más natural, me causa de nuevo la misma impresión de angustia y de inquietud. Y ya no puedo burlarme, Angélica; no puedo...

ANGEL. ¡Qué tontadas!...

RAIMU. No, no. Este corazón leal que Dios me ha dado viene hace ya días brincándome en el pecho, como si quisiera decirme: "¡Cuidado, Raimundo!... ¡Cuidado, Raimundo, que te acechan, que te rondan... y en tu casa, en la calle, en donde más seguro te creas, hay un enemigo que te aguarda implacable..." *(Mirando a Angélica, que llora.)* Y lo que el corazón no supo explicar bien, lo aclaras tú ahora con ese llanto. *(Obligándola a levantar la cabeza.)* ¡Es en la misma casa en donde está el enemigo!

ANGEL. *(Escapando al extremo de la habitación, se coloca de espaldas.)* No, no...

RAIMU. *(Inmóvil.)* Es en la misma casa, ¿verdad?

ANGEL. ¡No!

RAIMU. ¿Y tú lo conoces?

ANGEL. No, no...

RAIMU. Y es a las cinco cuando vendrá a herirme... Esa es la hora elegida, ¿verdad?

ANGEL. No sé, no sé...

RAIMU. Dímelo...

ANGEL. ¡Yo no sé nada!

RAIMU. *(Cariñoso.)* ¿No me lo dices? ¿Dejarás tú que yo vaya indefenso a que me hieran?... ¿Prefieres que sean otros, otros que no tendrán compasión de mí, en lugar de ser tú, que al mismo tiempo abrirás la herida y la curarás en lo que humanamente sea posible?

ANGEL. Te juro que no sé nada, ¡te lo juro!...

RAIMU. *(Yendo a ella pausadamente, la coge, sin que ella se vuelva.)* Acuérdate, Angélica... Tenías seis años cuando quedaste sola en el mundo. Te recogió Rosario, y yo lo autoricé, con el propósito de buscarte un colegio y pagarte la pensión. Nada más. Pronto le tomé cariño a la mujercita aquella que no tenía sombra de nadie...

ANGEL. *(Volviéndose lo abraza.)* ¡Tío Raimundo de mi alma!...

RAIMU. Desde entonces no he dejado un día de velar por ti para que vivieras feliz y honrada. Muchas miserias, que tú ignoras, se han resuelto con enormes sacrificios míos, para que no te alcanzáran a ti... y ahora que te necesito, ¿el tío Raimundo de tu alma no va a encontrar, ni para defenderse, el apoyo y el cariño tuyo?...

ANGEL. ¡Pídeme la vida!

RAIMU. Habla, Angélica...

ANGEL. Eso, no. ¡Nunca! ¡Nunca!

RAIMU. No diciéndolo, también se dice.

ANGEL. ¡Por caridad te pido que no insistas en obligarme!

RAIMU. Si tú no vas ya a decir nada, absolutamente nada. Lo diré yo todo.

ANGEL. ¡Por caridad, tío!

RAIMU. Escucha únicamente. *(Se aparta, coge una silla y se apoya, de pie, en el respaldo.)* El mundo, para mí, se encierra en límites bien pequeños.

Mi casa y mi fortuna, vuestro cariño y la salud de todos. Fuera de eso, no hay nada que tenga por qué asustarme. Vamos a eso.

ANGEL. *(Desesperada.)* ¡Tío Raimundo, tío Raimundo!...

RAIMU. *(Ha cerrado los ojos, reconcentrándose.)* No tengo negocios de tal índole, que en un día puedan traerme la opulencia o la quiebra. Por ese lado, estoy perfectamente tranquilo. *(Pausa.)* ¿Ha dicho algo alarmante el doctor de la salud de Rosario?

ANGEL. No...

RAIMU. ¿Estás enferma tú?

ANGEL. No...

RAIMU. Yo tampoco. Con dos palabras, ya van fuera dos peligros. Alejemos pronto el tercero... y el mayor. Por faltas mías de cariño a vosotras, no puede ser, ni yo os lo preguntaría. De consiguiente, aunque sea contra mí, no es por mí lo que ha llegado. ¿Es por ti, Angélica?...

ANGEL. No.

RAIMU. Aunque haya sido por ligereza, impremeditadamente... ¿tienes tú algo de qué reprocharte?

ANGEL. ¡No, tío; no!

RAIMU. ¿No?... *(Pausa.)* Queda el saberlo de Rosario... *(Pausa.)* ¿Es Rosario la culpable...? ¡¡Dí que no, Angélica, dí que no!! *(Pausa.)* ¿Se ha marchado para no volver? ¿Esa es la noticia que me darán?... *(Pausa prolongada, inmóvil: sólo los brazos, lentamente y a pulso, van hincándose en el respaldo de la silla hasta hundirlo y romperlo.)*

ANGEL. *(Al crujido de la madera, corre hacia Raimundo.)* ¡Tío Raimundo! No la creas muy culpable, no, porque ella te quiere... pero ahora está sugestionada y cegada por los consejos infames de ese bandido, de ese canalla de Enrique que la asedia y...

RAIMU. ¿Es Enrique...?

ANGEL. ¡Ay!

RAIMU. Enrique... Ya quedó el nombre grabado. Sigue, sigue...

ANGEL. ¡Toda la culpa es de él...! Y puedes tener la seguridad absoluta de que esa infeliz está ya pesarosa y arrepentida...

RAIMU. Palabras...

ANGEL. No, es un convencimiento, porque la conozco y sé la gratitud y el cariño que siente por ti...

RAIMU. Palabras...

ANGEL. Y si tú, que eres tan bondadoso, quisieras perdonarla...

RAIMU. Arrepentimiento, gratitud, cariño... ¡Palabras nada más!

ANGEL. No, tito, no... Yo sé dónde está... y si te apresuraras aún podías evitar la vergüenza...

RAIMU. ¿Cuál? ¿La suya? Cuenta suya es desde hoy. La mía no tiene por qué sonrojarse de una maldad ajena.

ANGEL. La tuya no, cierto que no... pero, sin embargo, reconoce...

RAIMU. Dilo. ¿Que hay un ridículo para mí...? Tampoco. El ridículo lo hace el hombre que corre tras de una mujer que se le escapa.

ANGEL. Es que tú aún podías traerla...

RAIMU. ¿Traer qué? Su alma y su voluntad no, que eso ya no es mío. ¿Traer su cuerpo? Eso sí es posible, pero eso es muy poco ya para que un hombre de bien lo vaya a buscar y lo traiga a rastras o a empellones por los caminos. ¡Es muy poco eso ya, muy poco!

ANGEL. Escúchame a mí que te aconsejo serenamente...

RAIMU. Cariñosamente, sí. Serenamente, no. Piénsalo y verás qué absurdo me propones. ¿Traerla? Y una vez traída... ¿qué hago? ¿Encerraría como en una cárcel y ponerme a vigilar...? No; yo no tengo vocación de carcelero.. ¿Dejarla libre y que en mi propia casa se cometan las traiciones? No: yo no tengo vocación de resignado.

ANGEL. ¿Permitirás que se marche?

RAIMU. ¿No se ha marchado ya sin mi permiso?

ANGEL. Es verdad, sí, pero también el que tú no intentes nada para recuperarla...

RAIMU. ¿Y quién te ha dicho a ti que eso valga la pena? ¿Quién? Para defender lo que se ama y nos corresponde, para eso sí, todo... uñas, dientes, piedras, tiros... ¡Todo! ¡Y todo es poco y todo es lícito...! En cambio, para retener lo que nos abandona y nos desprecia, ¡nada! ¡Nada!... ¡¡Nada!! Y aun diciendo ¡nada! me parece que digo ya demasiado.

ANGEL. Pobre tío Raimundo...

RAIMU. ¿Pobre Raimundo? ¡¡No!! Cuando a una mujer, que pensaba ya en otro, le concedía yo mi amor, mi fortuna y mis desvelos, entonces sí que teníais razón para decirlo. ¿Ahora? Ahora, no. Ahora... Si acaso, pobre de ella...

ANGEL. ¿Sufres mucho, tiíto...?

RAIMU. ¡Eso sí, mucho, mucho ..! En un momento se deja de estimar, pero hacen falta muchos momentos para dejar de querer y de sentir... El amor de esa mujer se ha roto, se ha despedazado, sí... pero aún tengo los pedazos por todas mis entrañas. Ya se irán, ya se irán...

ESCENA VIII

Dichos y *Juana.*

JUANA. Señorita, que se llegue usted a la casa, de parte de las tías.

ANGEL. *(A Raimundo.)* Un momento...

RAIMU. Vé. *(A Juana.)* Y aguarda tú. *(Saca la cartera, de ella una tarjeta y escribe.)*

ANGEL. *(Que marchaba, se detiene y vuelve tímidamente, pero angustiada.)* ¿Escribes?

RAIMU. No. Liquido.

ANGEL. ¿Con quién?

RAIMU. Déjame...

ANGEL. *(Leyendo: en voz baja.)* ¿Llamas a Enrique?

RAIMU. Sí.

ANGEL. ¡No!

RAIMU. Sí. Hay que terminar. Que de esta miseria no quede pendiente ninguna piltrafa.

ANGEL. ¡Mira que es una temeridad!

RAIMU. ¿Prefieres una cobardía? Pues no hay más donde elegir... ¿Qué aconsejas?

ANGEL. Escribe...

RAIMU. *(Termina rápidamente. Alto a Juana.)* Urgente y contestación. *(Mutis Juana.)*

ANGEL. ¡Tengo mucho miedo, tío!

RAIMU. Yo no. Me quedas tú, y es como si me quedara todo.

ANGEL. *(Echándose en sus brazos.)* ¿Yo? ¡Ay, tío Raimundo!

RAIMU. No llores. Tiempo habrá para lágrimas después. Vé, que te llaman, vé... *(Y la empuja suavemente para que salga. Mutis Angélica muy lento y llorosa, acongojada...)*

ESCENA IX

Raimundo queda de pie, absorto... Una pausa. *Cañaveral*

CAÑA. Los periódicos. ¿Quiere alguno?

RAIMU. No...

CAÑA. Ha venido la Romualda con la pretensión de que la tomara yo... ¡Figúrese usted si yo la iba a admitir!

RAIMU. Ya supongo que no...

CAÑA. Imposible, completamente imposible y temerario. Es muy de lamentar lo que le pasa, sí, señor, pero concédame usted a mí que es peligroso para nosotros...

RAIMU. En quien tiene ideas fundamentales, como usted, muy peligroso. Verdad que no saber o no querer apartar las justas de las exageradas también es peligroso.

CAÑA. No aspiro a tener hipotecado el don del acierto, pero ha de ser menos difícil siguiendo la opinión general que ya se firmó de muchas opiniones y de muchos juicios...

RAIMU. Puede que sí.

CAÑA. Y aun no acertando no creo que es merecedor de grandes censuras el que busca lealmente la verdad... *(Interrumpiendose azorado porque ve entrar a Enrique.)* La... la verdad...

RAIMU. ¿Cuál es la verdad?

CAÑA. *(Advirtiéndole.)* Don Enrique...

ESCENA X

Dichos y *Enrique.*

RAIMU. *(Sonriendo.)* Buenas tardes, Enrique...

CAÑA. ¿Querrán ustedes hablar algo?... Pues... pues me retiro. *(Mutis.)*

ESCENA XI

Raimundo y *Enrique.*

RAIMU. Siéntese usted... *(Y se sienta él después.)*

ENRIQ. ¿Se arregló por fin el asunto del Banco de Cartagena?

RAIMU. No.

ENRIQ. Lo dice usted en su tarjeta.

RAIMU. Sí. Pero he mentido. *(Enrique se levanta.)* Siéntese usted...

ENRIQ. Estoy mejor así.

RAIMU. Bien. Tengo la evidencia... la evidencia, ¿oye usted...? de... de la amistad entre usted y Rosario.

ENRIQ. Si quiere usted dar otro alcance a sus palabras, se equivoca usted.

RAIMU. No.

ENRIQ. Sí.

RAIMU. No.

ENRIQ. ¡Lo juro!

RAIMU. Es su obligación. Pero yo tengo la evidencia, y si a usted le parece nos ahorraremos una hora inútil y fatigosa de protestas, y hablaremos ya como si esa hora hubiera pasado.

ENRIQ. Le juro a usted nuevamente que está usted

equivocado... pero me pongo a sus órdenes para lo que usted quiera y con el pretexto que usted quiera.

RAIMU. No se trata de eso, porque la vida de usted no me resuelve ya mi problema. Resolviéndolo, sí lo trataríamos, pero a traición y por la espalda, para que no me ganara usted segunda vez y del mismo modo.

ENRIQ. Del modo que usted elija, estoy pronto a las consecuencias de ese error de usted.

RAIMU. ¿De mi error...?

ENRIQ. Sí.

RAIMU. ¿De mi error...? Siéntese usted, Enrique...

ENRIQ. No.

RAIMU. Como usted guste... Deseo decirle que he terminado completamente y definitivamente toda relación con esa señora. Si tengo pena o no tengo pena, eso no les importa, ¿verdad...? Lo interesante para ustedes es que no siento afán de venganza, que no les perseguiré y que pueden vivir en paz donde mejor les acomode. Si es lejos de aquí, lo agradeceré más...

ENRIQ. Eso no era menester decírmelo. Bastaba con hacerlo.

RAIMU. Para ella será también tranquilizador el saberlo de mí.

ENRIQ. Para ella lo ignoro. Respecto de mí, he de manifestarle a usted que en mis resoluciones no influye la actitud de nadie, y que si alguna mujer se confía en mí no necesita tampoco de nadie, absolutamente de nadie.

RAIMU. Mejor para ella.

ENRIQ. Y que de mí tendrá todos los respetos y todos los amparos que haya de menester, sintiendo únicamente que la fuerza de las cosas no me permita el darle aquella consagración pública que yo desearía y que ella merece.

RAIMU. Si piensa usted lo que dice, mejor para ella.

ENRIQ. Y para mí.

RAIMU. No lo sé... Y voy a decirle a usted para qué le he llamado.

ENRIQ. Yo creía que ya estaba dicho.

RAIMU. Ahora creerá usted lo que le plazca. Por nuestra voluntad, exclusivamente por nuestra voluntad, esa señora y yo hemos vivido juntos quince años sin ningún lazo que nos obligara.

ENRIQ. ¿Qué quiere usted darme a entender?

RAIMU. Lo que entendió usted de sobra.

ENRIQ. ¿Que Rosario no es mujer de usted?

RAIMU. Exactamente.

ENRIQ. ¡No!

RAIMU. Sí, sí.

ENRIQ. ¡No!

RAIMU. ¡Sí!

ENRIQ. ¿Palabra de honor?

RAIMU. De honor, no. Me parece que no cuadra bien el invocar para nada el honor en este lance. Palabra, juramento, cualquier cosa que a usted le convenza.

ENRIQ. No es posible.

RAIMU. Por ella lo podrá usted saber también. Hace quince años íbamos esa señora y yo a pasar unos días en París. Caí enfermo al llegar aquí y tuve forzosamente que detenerme. Un mes de gravedad y tres meses de convalecencia. Me cuidó con cariño, se lo agradecí, y como a nadie le debo cuenta de mis acciones, con ella he vivido. Para los respetos externos, para no escandalizar a la sociedad, dije que era mi mujer cuando compré la casa, porque los médicos me recomendaron este clima... como mañana diré, guardándola todavía un respeto más, que soy viudo. Ya sabe usted lo suficiente, y puesto que esa señora es libre, puesto que no está casada, cásese usted con ella, Enrique.

ENRIQ. ¿Casarme...?

RAIMU. Me pareció comprender que la fuerza de las cosas, el matrimonio nuestro, era lo único que a usted le impedía la consagración que usted desea y ella merece.

ENRIQ. Mi conducta futura la resolveré yo.

RAIMU. Ya veo cómo. Peor para ella.
ENRIQ. No anticipe usted juicios.
RAIMU. El caso es muy distinto ya. Lamentaba usted con amargura el no poder consagrar esa unión. Ahora que es posible, lo que usted lamenta con toda su alma es precisamente la posibilidad, el compromiso que viene encima.
ENRIQ. Se engaña usted.
RAIMU. Realmente, lo otro era más cómodo, ligaba menos y se podía desatar más pronto. Peor para ella, peor para ella.
ENRIQ. No tengo que darle a usted cuenta del porvenir.
RAIMU. Ni del presente, porque yo no la pido.
ENRIQ. Estoy a sus órdenes.
RAIMU. ¿Para qué? A traición y por la espalda no le daría a usted ya un golpe mayor ni tan certero como este que le doy de frente. A cada uno le llega su hora de reírse. La mía es ahora.
ENRIQ. ¡¡Eso!!...
RAIMU. Eso es. *(Levantándose lentemente.)* Si a usted le parece, hemos concluído la conversación.
ENRIQ. Concluído, sí. Buenas tardes. *(Mutis.)*
RAIMU. Buenas tardes. Y si a usted le parece también, podíamos guardar absoluta reserva de todo lo que hablamos. Yo así lo haré.
ENRIQ. *(Que se detuvo.)* Y yo. Buenas tardes. *(Mutis.)*

ESCENA XII

Raimundo y Cañaveral.

CAÑA. Celebro que se haya marchado ese individuo.
RAIMU. ¿Por qué?
CAÑA. Por nada... Pero hay gente poco simpática, y le confieso a usted que aguardaba con impaciencia a verlo salir.
RAIMU. ¿Con impaciencia por qué, Cañaveral?
CAÑA. Por nada; pero créame usted, mi querido y

respetable don Raimundo, sí, querido y respetable siempre... atraviesa usted una de esas épocas de la vida, uno de esos momentos en que... *(Se interrumpe y mira el reloj.)* Nada, nada.

RAIMU. ¿Es tarde para usted?

CAÑA. Al revés. Son las cuatro y media todavía.

RAIMU. Pues continúe. Atravieso una época en que...

CAÑA. Nada, nada. Es preferible que no atravesemos nada.

RAIMU. Usted sabrá si dice o no dice.

CAÑA. No, no.

ESCENA XIII

Dichos, el *Doctor.* Luego *Juana.*

DOCT. Felices, señores.

RAIMU. Me dijeron que le aguardara a usted.

DOCT. Pensaba volver, sí, pero no dejé recado especial.

CAÑA. ¿Hizo muchas visitas?

DOCT. Un par de ellas. A un loco, que tiene dinero y le quieren recluir, y a otro loco, que no tiene dinero y no lo quieren admitir en el Manicomio.

CAÑA. ¿Y quién tiene razón en esa pelea?

DOCT. Los locos. Como siempre. Los demás andamos todos imposibles.

RAIMU. ¿Son casos desesperados?

DOCT. Incurables. El del dinero se figura que en todas partes hay ladrones. ¿Incurable, verdad? Y el pobre, porque perdió un pleito y le embargaron hasta las cejas, ha dado en la locura de decir que no hay justicia, cuando él precisamente tiene prueba de que la hay, porque es la justicia quien se lo llevó todo. ¿Incurable, verdad?

RAIMU. Sin remisión para ninguno de los dos.

JUANA. Señor doctor...

DOCT. Voy. En el dictamen, además de encerrarlos,

propongo para el rico que entreguen la administración de sus bienes a la familia. Si algún día recobra la razón él verá cómo se las arregla para recobrar los bienes. Y para el pobre no propongo nada; ése perdió el juicio con las costas, y en esas condiciones no se ha dado caso de curación.

CAÑA. ¿No querrá usted lanzar una censura contra instituciones respetabilísimas y prestigiosas?

DOCT. ¡No, no, no! Instituciones sociales, columnas de la vida, fundamentos del orden... sí, sí, sí... Muy respetables y muy señores míos. ¡Que me dejen quieto, que yo creo en todo, y en cinco o seis cosas más!

RAIMU. Usted lo acierta.

DOCT. Por si acaso. *(Mutis con Juana, que aguardó.)*

CAÑA. Es muy buena persona en el fondo, sí, señor, pero algo inconsciente y algo voluble en sus ideas.

RAIMU. Feliz usted que ha logrado tener ideas de granito; fijas e inmóviles, en donde todo cambia a cada instante.

CAÑA. Le diré a usted...

RAIMU. No me diga nada.

ESCENA XIV

Dichos: Gutiérrez con el *Doctor.*

GUTIE. Venga, venga, que también a usted quiero comunicarle la gran noticia.

DOCT. Ya vengo, ya vengo.

GUTIE. ¡Albricias, Raimundo!

RAIMU. ¿Qué pasa?

GUTIE. Que al fin ha estallado la guerra.

CAÑA. ¡La guerra!

RAIMU. ¡La guerra!

GUTIE. Ya es oficial la noticia, comprobada en el Ministerio de Estado.

RAIMU. Qué horror...

DOCT. Cuántas desdichas van a venir de esa palabra...

GUTIE. ¿Desdichas? Pero cómo, ¿no se alegran ustedes?

CAÑA. ¡No diga usted ferocidades, señor mío!

GUTIE. ¿Ferocidades? ¿Pero ustedes no son amigos míos? ¿No comprenden que la guerra, declarada con esta oportunidad, es mi salvación, que ha bajado la Bolsa, que gano ya doscientas mil pesetas y que mañana ganaré seguramente el millón?

CAÑA. Pero habrá tantas víctimas...

GUTIE. Claro que habrá víctimas, pero desconocidas. Y en cambio me salva a mí, que soy amigo de ustedes.

DOCT. Dice bien el señor. O es mentira la amistad o debemos alegrarnos de lo que redunda en su beneficio.

GUTIE. Naturalmente. Para mí es la vida y la fortuna. ¡¡La vida también!! ¿No lo comprenden?

DOCT. Claro. Enhorabuena, Gutiérrez, enhorabuena.

GUTIE. Gracias. Me voy ahora mismo a Madrid. ¿Quieren algo?

RAIMU. Nada... y enhorabuena.

GUTIE. Ya telefoneré... Adiós, adiós... *(Mutis.)*

DOCT. Adiós, grandísimo financiero... Que has estado a dos dedos de ser un grandísimo tramposo.

RAIMU. Para muchos es un inmeso horror la guerra... Para éste es sencillamente una jugada.

DOCT. Matices de las cosas.

CAÑA. ¿Matices...? ¡Indignidades, señor, indignidades!

DOCT. Usted no vive en el mundo, Cañaveral.

CAÑA. ¿Pues dónde?

DOCT. En el Limbo, entrando, a mano derecha...

CAÑA. ¡Es que me repugna la farsa y la avilantez...!

DOCT. Pues váyase tranquilizando y acostumbrando, Cañaveralete, que edad ya tiene, o múdese.

CAÑA. ¿Que me mude? ¿De qué?

DOCT. De casa. Vamos, de mundo...

ESCENA XV

Dichos: Viuda y Hermana.

VIUDA. ¿Aquí ya, Doctor?
DOCT. Aquí.
VIUDA. *(Aparte al Doctor.)* ¿Podemos hablar...?
DOCT. Sí...
VIUDA. Oye, Raimundo...
RAIMU. Sentaos... *(Toda la escena desdeñoso y burlón.)*
VIUDA. *(Después de sentados todos.)* Queremos, es decir, cumplimos el deber, de comunicarte una noticia muy dolorosa...
RAIMU. ¿De Rosario? Ya la sé.
HERMA. Un bochorno para todos, primo Raimundo.
VIUDA. Estas son las consecuencias de elegir mal, trayendo a una cualquiera, sin arraigo en ninguna parte, para formar con ella lo más sagrado, que es la familia y el hogar.
HERMA. ¡Tenía que suceder!
VIUDA. Ya lo habíamos previsto, por la clase de persona, tan poco sociable...
HERMA. Y una desconocida, que nadie le sabía parientes ni amigas... ¡Tenía qué suceder...! Ya está hecho el mal y ahora hay que remediarlo.
HERMA. Comprenderás lo que nos mortifica el tener que intervenir en algo que se relacione con esa persona; pero nuestro nombre lo requiere.
VIUDA. Y no por ella, no; por ti, por conservarte la estimación que merecías.
RAIMU. ¿Y que ya no merezco?... ¿Por qué?
VIUDA. No lo preguntes siquiera. Al arrastrarse por el fango, te enfanga a ti.
RAIMU. ¿Por qué?
VIUDA. Porque es tu mujer.
RAIMU. ¿Y si no lo fuera?
VIUDA. Entonces, claro que no.
RAIMU. Es decir, que lo ocurrido sigue ocurriendo igual; la desgracia para mí, exactamente igual; el destrozo de mi vida, igual... Pero el con-

cepto que les merezco anda a brincos por su juicio, y unas veces estoy afrentado, y otras veces, no...

CAÑA. Naturalmente.

RAIMU. Para que yo aprecie bien el valor de la opinión ajena, supongamos que fuí leal con Rosario y me casé. ¿Cae sobre mí el ridículo de su fuga?

VIUDA. ¡Claro!

CAÑA. Evidente.

RAIMU. Supongamos ahora que fuí desleal y no me casé. ¿Cae sobre mí el...?

VIUDA. No.

CAÑA. Evidentemente que no.

RAIMU. ¿De modo que, portándome mal con esa mujer, quedaría con toda la estimación pública a mi favor... Y si hubiera procedido correctamente, si me hubiera casado, a estas horas estaba irremisiblemente en ridículo? Es una opinión, es una opinión... ¡que me lleva una vez más a desdeñar la opinión, porque no cabe absurdo mayor que el de admitir que yo pueda quedar afrentado por una mala acción ajena, y, en cambio, quede por honradísimo en cuanto ustedes se enteran de que la mala acción es la mía!

CAÑA. Esas faltas, en los hombres, las juzga benévolamente la sociedad. Yo, no, ¿eh?

DOCT. Creo que divagamos en el proceloso mar de las suposiciones. La realidad es que está usted casado, y a ella hay que atenerse.

VIUDA. ¡Y salvar nuestro nombre a todo trance!

RAIMU. Sí, sí; salvemos el nombre, que es la única realidad. Lo otro, el que yo tuviera, con lazos o sin lazos, una vida hecha, una ilusión y un amor, y que ahora brutalmente se deshaga... es poca cosa ante el fantasma de un apellido. ¡Salvémosle de una vez, si queréis!

VIUDA. Llama a Angélica. *(Mutis Hermana.)*

RAIMU. ¿Qué opina usted, doctor?...

DOCT. Nada... Pero voy a modificar el dictamen en

un punto esencial, proponiendo que lo firmen los locos e indicando la conveniencia de que me encierren a mí... o a ustedes. Será lo más razonable que haya oído hoy...

RAIMU. ¿Para qué llamáis a Angélica?

VIUDA. Para que resolvamos lo que se ha de hacer, y, sobre todo, lo que se ha de decir.

CAÑA. La verdad, y hemos acabado.

DOCT. Usted pertenece a la poesía épica, y está usted en endecasílabo perpetuo, Cañaveral.

RAIMU. ¿La verdad quiere usted decir? ¿Y quién le garantiza que la verdad que usted sabe y en que usted cree, sea la verdad?...

CAÑA. Me parece a mí...

RAIMU. Basta con lo que a usted le parezca, para juzgar y para sentenciar... y si acaso no es, que rectifique el sentenciado...

VIUDA. Vamos a resolver lo nuestro, primo Raimundo. Ya sobra con el pecado; no añadamos la difamación y las hablillas...

RAIMU. ¿Qué quieren ustedes...?

VIUDA. De esa persona podemos decir que se halla en un sanatorio.

DOCT. Yo lo he mandado.

CAÑA. Eso está bien...

DOCT. Como farsa, sí, está bien.

VIUDA. Comprenda usted, doctor, que es conveniente y prudentísimo...

DOCT. Sí, señora. Prudentísimo... y estoy dispuesto a servirles. Pero no vamos a decir una verdad, sino una mentira, y cuando todos sabemos que es mentira todos vamos a la farsa con ella.

VIUDA. Eso sí... Pero son lícitas y necesarias cuando el fin es noble.

DOCT. Convencido. La protesta fué para salvar un escrúpulo, de esos que tiene Cañaveral en su colección... y porque me gusta saber el terreno que piso. ¿Vamos a mentir? Pues vamos. Pero yendo a la farsa, iremos como en la farsa, y cuando sea verdad...

RAIMU. Vayamos también como si fuera farsa. Acertaremos muchas veces.

DOCT. Conforme. Perdonen... y sigamos con nuestro asunto.

ESCENA XVI

Dichos: Angélica y *Hermana.*

VIUDA. *(A Angélica.)* Estamos hablando de esa persona... de la pobrecita Rosario, y puesto que la estancia en el Sanatorio ha de prolongarse mucho... desgraciadamente... conviene arreglarlo todo. ¿Cómo se llama la Casa de Salud adonde ha ido, doctor?

DOCT. De ningún modo. El primer año, lo menos, nada de cartas ni de noticias. Tranquilidad absoluta.

VIUDA. ¡Lo lleva con un rigor!... Pero hay que obedecer si queremos conseguir algo. ¿Comprendes, Angélica?

ANGEL. Sí, tía.

RAIMU. Vamos a lo que deseáis; pero vamos, ¡¡vamos!!

VIUDA. ¿Qué has dispuesto de Angélica?

RAIMU. *(Acongojado.)* ¿Dispuesto de Angélica?...

VIUDA. Nosotras le ofrecemos nuestra casa, si no tienes designado otro lugar...

RAIMU. ¡Mirad que no me queda ya más que su cariño en el mundo!...

VIUDA. No es correcto que permanezca sola contigo...

RAIMU. ¿Quién la respetará más que yo?

VIUDA. No te lo niego; pero hazte cargo de que no puede ser bien mirada una intimidad así, a solas los dos...

RAIMU. ¿Pero es que va a ser también ella víctima de culpas ajenas?...

VIUDA. No hay culpa de nadie, Raimundo. Son las circunstancias...

CAÑA. Y los respetos sociales...

RAIMU. ¿Es por el qué dirán nada más, por el temor

a las murmuraciones?... Ya sé lo que valen y sé con qué fundamento se lanzan. Angélica no se irá de mi lado.

VIUDA. Fíjate bien. No te decimos que tú aprecies o desprecies ese factor de la opinión pública, escudándote con tus propósitos honrados y leales para Angélica, no; te decimos que causas un quebranto en la reputación de ella, que le haces un daño a ella, y que el día de mañana lo sentirá ella.

HERMA. Ella.

CAÑA. Ella.

VIUDA. No tú; ella.

DOCT. Tienen razón...

RAIMU. Siempre tuvieron razón los Duendes y las Brujas desde que formaron la Sociedad para calificar como buenos a los que suben y como perversos a los que caen... "¡Quimeras", que espantáis a los que luchan, glorificando a los que se resignan: "Dragones", que aprisionáis los sentimientos con fórmulas que os dieron los insensibles: "Hidras", que ahogáis las ideas generosas o delicadas con los tentáculos del ridículo... Por mí, os abomino, por Angélica os reverencio y os acato! Lleváosla...

ANGEL. *(Echándose en sus brazos.)* ¡No!

RAIMU. *(Apartándola cariñosamente.)* Es por tu bien... Lleváosla.

ANGEL. ¡No... Acuérdate! Tenía yo seis años cuando quedé sola en el mundo. Me recogiste con el propósito de buscarme un colegio y pagar la pensión. Nada más. Pronto le tomaste cariño a la mujercita aquella que no tenía sombra de nadie...

RAIMU. Calla, Angélica...

ANGEL. Desde entonces no has dejado un día de velar para que yo fuera lo que soy, feliz y honrada. ¿Y ahora, que me necesitas tú a mí, el tío Raimundo de mi alma no va a encontrar el apoyo y el cariño mío...?

RAIMU. *(Enternecido.)* Angélica...

VIUDA. Murmurarán de ti...

ANGEL. Pero murmurarán injustamente... Y en cambio si yo lo abandonara... ¿con qué justicia no dirían que soy ingrata y desagradecida?

DOCT. Tiene razón.

ANGEL. ¿Me dejas quedar, tío Raimundo?

RAIMU. ¿Que si te dejo, preguntas? ¡Ven, y Dios te lo pague!

CAÑA. ¡Es una irreflexión...!

VIUDA. ¡Es locura!

RAIMU. ¡Es bondad!

DOCT. Es gratitud...

VIUDA. Os criticarán... Pero allá vosotros. *(Cogiendo ya del brazo a la hermana para marchar.)*

RAIMU. Que critiquen cuanto gusten, que yo no vivo la vida de los demás, sino la mía. Y en el resto, el que cumple con las leyes y el que guarda los respetos externos a la sociedad, no le debe nada a la ley ni a la sociedad...

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.

2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.

3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.

4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Criange.

5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.

7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.

8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.

9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.

10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.

11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.

12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.

13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.

14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.

15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.

16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.

17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.

18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.

19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.

20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.

21. *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.

22. *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.

23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.

24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.

25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.

LEA USTED Y COLECCIONE TODOS LOS NÚMEROS Y POSEERÁ UNA SELECTA BIBLIOTECA DE OBRAS TEATRALES DE LOS MEJORES AUTORES LA MAYORIA DE LOS CUALES HAN CONCEDIDO LA

E X C L U S I V A

DE SUS PRODUCCIONES A NUESTRA PUBLICACIÓN